Hechos

1 He dado un relato anterior, oh Teófilo, de todas
las cosas que hizo Jesús, y de su enseñanza desde el
principio,
2 Hasta el día en que fue llevado al cielo después
de haber dado sus órdenes, por medio del Espíritu
Santo, a los apóstoles de los cuales hizo una selec-
ción.
3 Y a los cuales dio claras y ciertas señales de
que estaba vivo, después de su muerte; porque
fue visto por ellos durante cuarenta días, y les dio
enseñanza acerca del reino de Dios.
4 Y cuando estaban todos juntos, con él, les
ordenó que no se fueran de Jerusalén, sino que
se quedaran allí, esperando hasta que La palabra
del Padre se cumpliera, de la cual, él dijo: les he
hablado:
5 Porque el bautismo de Juan fue con agua, pero
serán bautizados con el Espíritu Santo, en pocos
días.
6 Y cuando estaban juntos, le dijeron: Señor, ¿vas
a restablecer el reino a Israel?
7 Y les dijo: No les toca a ustedes conocer el
tiempo y el orden de los acontecimientos que el
Padre ha conservado bajo su control.
8 Pero tendrán poder, cuando el Espíritu Santo
haya venido sobre ustedes; y ustedes serán mis
testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaria, y
hasta los confines de la tierra.
9 Y habiendo dicho estas cosas, mientras mira-
ban, fue tomado, y se fue de su vista en una nube.

10 Y mientras miraban al cielo con gran aten-
ción, dos hombres vinieron a ellos, vestidos de
blanco,
11 Y dijeron: ¡Varones galileos! ¿Por qué están
mirando al cielo? Este Jesús, que fue llevado de
ustedes al cielo, vendrá de nuevo, de la misma
manera en que lo viste ir al cielo.
12 Luego regresaron a Jerusalén desde el monte
llamado Olivos, que está cerca de Jerusalén, a una
distancia corta, que la ley permitía caminar en el
día sábado, día de reposo.
13 Y cuando ellos entraron, subieron al piso alto
donde estaban alojados; Pedro y Juan y Santiago
y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo,
Santiago, el hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas,
el hijo de Jacobo.
14 Y todos ellos con una sola mente, se entre-
garon a la oración con las mujeres, y María la
madre de Jesús, y sus hermanos.
15 Y en aquellos días Pedro se levantó entre los
hermanos (había unos ciento veinte) y dijo:
16 Hermanos míos, la palabra de Dios debía ser
llevada a efecto, lo cual el Espíritu Santo había
dicho antes, por la boca de David, acerca de Judas,
que fue guía de los que tomaron a Jesús,
17 Porque fue contado entre nosotros, y tuvo su
parte en nuestra obra.
18 Ahora este hombre, con la recompensa de su
maldad, consiguió un campo, y al caer de cabeza,
se reventó y se le salieron todos los intestinos llegó
a un fin repentino.

19 Y esto llegó al conocimiento de todos los que
vivían en Jerusalén, por lo que el campo fue nom-
brado en su idioma, Aceldama, o, el campo de
sangre.
20 Porque en el libro de los Salmos dice: Sea un
desierto su casa, y ningún hombre viva en ella; y
su cargo sea tomado por otro.
21 Por esta razón, de los hombres que han estado
con nosotros todo el tiempo, mientras el Señor
Jesús entraba y salía entre nosotros,
22 A partir del bautismo de Juan hasta que él se
levantó de nosotros, uno tendrá que ser agregado
como testigo con nosotros de su resurrección.
23 Y seleccionaron a dos, José, llamado Barsabas,
cuyo otro nombre era Justus, y Matías.
24 Y ellos hicieron oraciones y dijeron: Señor,
tú que tienes conocimiento de los corazones de
todos los hombres, aclara cuál de estos dos ha sido
marcado por ti,
25 Para tomar esa posición como un siervo y
Apóstol, de quien Judas perdió por su pecado, para
que él pueda ir a su lugar.
26 Y lo pusieron por suerte, y la decisión fue dada
por Matías, y fue contado con los once Apóstoles.

2

1 Y cuando llegó el día de Pentecostés, estaban
todos juntos en un solo lugar.
2 Y repentinamente vino del cielo un sonido
como el rugir de un viento violento, y toda la casa
donde estaban se llenó de eso.
3 Y vieron lenguas, como llamas de fuego, que
reposaban sobre cada uno de ellos.

4 Y estaban todos llenos del Espíritu Santo, y
hablaban en diferentes idiomas, según el Espíritu
les daba poder.
5 Y vivían en Jerusalén judíos, hombres
temerosos de Dios, de toda nación debajo del
cielo.
6 Y cuando este sonido les llegó a oídos, to-
dos se juntaron, y se sorprendieron grandemente
porque cada uno escuchaba las palabras de los
discípulos en su lenguaje especial.
7 Y estaban llenos de asombro, y dijeron: ¿No son
todos estos hombres galileos?
8 ¿Y cómo es que cada uno de nosotros escucha
sus palabras en el lenguaje que era nuestro desde
nuestro nacimiento?
9 Hombres Partos, Medos y Elamitas, y los que
viven en Mesopotamia, en Judea y Capadocia, en
el Ponto y Asia,
10 En Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones
de egipto sobre Cirene, y los que han venido de
Roma, Judíos de nacimiento y otros que se han
convertido en judíos,
11 Hombres de Creta y Arabia, les hemos oído
hablar en nuestros diferentes idiomas, de las
grandes obras de Dios.
12 Y todos fueron sorprendidos y dudosos el uno
al otro, ¿Cuál es la razón de esto?
13 Pero otros, haciendo deporte de ellos, dijeron:
Están borrachos.
14 Pero Pedro, levantándose con los once, dijo
en voz alta: Varones de Judea, y todos los que
viven en Jerusalén, tomen nota de esto y presten
atención a mis palabras.

15 Porque estos hombres no están ebrios, como
ustedes piensan, porque es solo la tercera hora del
día;
16 Pero esto es lo dicho por el profeta Joel;
17 Y acontecerá, en los últimos días, dice Dios, que
enviaré mi Espíritu sobre toda carne; y sus hijos
e hijas profetizarán, y los jóvenes verán visiones, y
los ancianos tendrán sueños:
18 Y sobre mis siervos y mis siervas derramaré
mi Espíritu, y ellos profetizaran.
19 Y se verán maravillas en el cielo, y señales en
la tierra, sangre, fuego y humo.
20 El sol se oscurecerá y la luna se convertirá en
sangre, antes que llegue el gran día del Señor en
gloria.
21 Y todo aquel que invocare el nombre del Señor
será salvo.
22 Hombres de Israel, presten oído a estas pal-
abras: Jesús de Nazaret, un hombre que tenía la
aprobación de Dios, como les fue explicado por
las grandes obras, señales y maravillas que Dios
hizo por medio de él entre ustedes, como ustedes
mismos lo saben,
23 Él, cuando fue entregado, por la decisión y el
conocimiento de Dios, tenía hecho de antemano,
ustedes lo arrestaron y mataron crucificandolo
por mano de hombres malvados:
24 Pero Dios lo resucitó, liberándolo de los do-
lores de la muerte; porque no le fue posible ser
vencido por la muerte.
25 Porque David dijo de él: Veía al Señor delante
de mí en todo tiempo, porque él está a mi diestra,
no seré conmovido;

26 Y por esta causa mi corazón estaba contento y
mi lengua llena de alegría, y mi carne descansará
en la esperanza:
27 Porque no dejarás que mi alma esté en el in-
fierno, y no entregarás a tu Santo a la destrucción.
28 Me has hecho ver los caminos de la vida;
Estaré lleno de alegría cuando vea tu cara.
29 Hermanos míos, puedo decirles abiertamente
que David murió y fue sepultado, y su lugar de
descanso hoy está con nosotros.
30 Pero siendo profeta, y teniendo en cuenta el
juramento que Dios le había dado, que del fruto de
su cuerpo uno tomaría su lugar como un rey,
31 Él, teniendo conocimiento del futuro, estaba
hablando de la venida otra vez de Cristo de entre
los muertos, que no fue guardado en el infierno y
su cuerpo no vio destrucción.
32 Este Jesús, Dios ha devuelto a la vida, de lo cual
todos somos testigos.
33 Y así, siendo levantado a la diestra de Dios, y
teniendo la palabra del Padre de que vendría el
Espíritu Santo, él ha derramado esto, que ahora
ven y conocen.
34 Porque David no subió al cielo, sino que dice:
El Señor dijo a mi Señor: Sé sentado a mi diestra,
35 Hasta que ponga a tus enemigos como estrado
de tus pies.
36 Por esta razón, que todo Israel esté seguro de
que este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios
ha hecho Señor y Cristo.
37 Cuando estas palabras llegaron a sus oídos, se
turbaron sus corazones, y dijeron a Pedro y a los
demás apóstoles: Hermanos, ¿qué hemos de hacer?

38 Y Pedro dijo: Arrepiéntanse, cada uno de ustedes, y bautícese en el nombre de Jesucristo, para
el perdón de sus pecados; y se les dará el Espíritu
Santo.
39 Porque la palabra de Dios es para ustedes, y
para sus hijos, y para todos los que están lejos,
para todos los que sean llamados por el Señor
nuestro Dios.
40 Y con estas y más palabras dio su testimonio, y
les exhortaba diciendo : salgan de esta generación
mala.
41 Entonces aquellos que oyeron sus palabras
fueron bautizados, y como tres mil personas se
unieron a ellos ese día.
42 Y mantuvieron su atención fija en la en-
señanza de los Apóstoles, en la comunión unos con
otros y se unieron en la toma del pan partido y en
la oración.
43 Pero el temor vino sobre todas las almas; y
toda clase de maravillas y señales fueron hechas
por los Apóstoles.
44 Y todos los que eran de la fe se mantuvieron
unidos, y tenían todas las cosas en común;
45 E intercambiaron sus bienes y propiedades
por dinero, dividieron entre ellos a todos, según lo
necesitaban.
46 Y día tras día, yendo juntos de común acuerdo
al Templo, juntos partiendo el pan en sus casas,
tomaron sus alimentos con alegría y con sencillez
de corazón,
47 Dando gloria a Dios y teniendo la aprobación
de todo el pueblo; y cada día el Señor aumentaba
el número de aquellos que tenían salvación.

3

1 Ahora Pedro y Juan subían al Templo a la hora
novena, la hora de la oración;
2 Y cierto hombre, que desde su nacimiento no
podía mover sus piernas, fue llevado allí todos los
días, y puesto a la puerta del Templo que se llama
Hermosa, solicitando dinero a los que entraron al
Templo;
3 Entonces él, viendo a Pedro y Juan que iban a
entrar al Templo, les pidió limosna.
4 Y Pedro, mirándolo, con Juan, dijo: Mantén tus
ojos en nosotros.
5 Y les prestó atención, esperando obtener algo
de ellos.
6 Pero Pedro dijo: No tengo plata ni oro, sino lo
que tengo, te lo doy. En el nombre de Jesucristo de
Nazaret, levántate.
7 Y lo tomó por su mano derecha, levantándose;
y de inmediato sus pies y los huesos de sus piernas
se hicieron fuertes,
8 Y, saltando, se puso de pie y entró en el templo
con ellos, caminando, brincando y alabando a
Dios.
9 Y todo el pueblo lo vio caminando y alabando
a Dios:
10 Y vieron que era el hombre el que pedía
dinero a la puerta Hermosa del Templo, y estaban
maravillados y sorprendidos de lo que había sucedido.
11 Y mientras él mantenía sus manos sobre Pedro y Juan, todas las personas llenas de asombro
corrían juntas al la parte del templo que se llama
pórtico de Salomón.

12 Y cuando Pedro lo vio, dijo al pueblo: Ustedes,
hombres de Israel, ¿por qué están tan sorprendi-
dos de este hombre? ¿o por qué nos miran como si
por nuestro poder o virtud le hubiéramos dado el
uso de sus piernas?
13 El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el
Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo
Jesús; a quien ustedes renunciaron, dándole la
espalda, cuando Pilato tomó la decisión de dejarlo
en libertad.
14 Pero ustedes no quisieron tener nada que ver
con el Santo y el Verdadero, y pediste que se te
diera un homicida,
15 Y mataron al Señor de la vida; a quien Dios
resucitó; de lo cual nosotros somos testigos.
16 Y por la fe en su nombre, fortaleció a este
hombre, a quien ustedes ven y conocen; sí, la fe en
él nombre de Jesús, esa fe en Jesús es la que le ha
hecho sanar completamente, como todos ustedes
pueden ver.
17 Y ahora, hermanos míos, estoy consciente de
que hicieron esto, al igual que sus gobernantes, en
ignorancia sin saber lo que estaban haciendo.
18 Pero lo que Dios había dicho antes, por boca
de todos los profetas, que el Cristo tendría que
sufrir, lo ha cumplido.
19 Así que, arrepiéntanse y vuelvan a Dios, para
que sus pecados puedan ser quitados por com-
pleto, y les mande tiempos de refrigerio de la
presencia del Señor;
20 Y para que él envíe al Cristo que les fue anun-
ciado desde el principio, Jesús mismo:

21 A quien de cierto es necesario que el cielo
reciba hasta los tiempos de restauración de todas
las cosas, de lo cual Dios ha dado palabra por boca
de los profetas, que han sido desde los primeros
tiempos.
22 Porque Moisés dijo a sus antepasados: Él
Señor les dará un profeta de tu pueblo, como yo;
Darás oído a todo lo que te diga.
23 Y toda alma que no preste atención a ese
profeta, será cortada de entre la gente.
24 Y todos los profetas de Samuel y los que
vinieron después, cada uno de ellos, dieron aviso
de estos días.
25 Ustedes son los hijos de los profetas, y del
pacto que Dios hizo con sus padres, diciendo a
Abraham: Por medio de tu simiente vendrá ben-
dición sobre todas las familias de la tierra.
26 Para ti, primero, Dios envió a su hijo, lo envió
para bendecirlos para que cada uno de ustedes se
convierta de su maldad.

4

1 Mientras hablaban con el pueblo, los sacer-
dotes y el jefe de guardia del templo y los saduceos
se acercaron a ellos,
2 Muy angustiados porque enseñaban a la gente
y predicaban a Jesús como un ejemplo de la resur-
rección de los muertos.
3 Y los tomaron y los metieron en la cárcel hasta
el dia siguiente, porque era ya de tarde.
4 Pero muchos de los que escucharon la palabra
tuvieron fe; y ahora eran como cinco mil.
5 Y al día siguiente, los príncipes y los que tenían
autoridad y los escribas se juntaron en Jerusalén;

6 Y Anás, el sumo sacerdote, estaba allí, y Caifás,
y Juan, y Alejandro, y todos los parientes del sumo
sacerdote.
7 Y poniéndoles en medio les preguntaron: ¿Con
qué poder y en nombre de quién han hecho esto?
8 Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les
dijo: Oh gobernantes del pueblo y hombres de
autoridad,
9 Si hoy se nos pregunta por un beneficio hecho
a un hombre que estaba enfermo, para saber de
qué manera ha sido sanado,
10 Toman nota, todos ustedes, y todo el pueblo de
Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret,
a quien crucificaron, a quien Dios resucitó de los
muertos, incluso a través de él, está este hombre
ahora delante de ustedes completamente sano.
11 Este Jesús es la piedra rechazada por ustedes,
los constructores, pero que se ha convertido en la
principal piedra del edificio.
12 Y en ningún otro hay salvación; porque no hay
otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres,
por el cual podamos tener salvación.
13 Cuando vieron que Pedro y Juan no
tenían miedo, aunque no tenían educación ni
conocimientos, se sorprendieron grandemente; y
ellos tomaron nota de ellos que habían estado con
Jesús.
14 Y, viendo que el hombre que había sido
sanado estaba allí con ellos, no pudieron decir
nada en contra de ellos.
15 Pero cuando les dieron orden de salir del
Sanedrín, tuvieron una discusión entre ellos,

16 Diciendo: ¿Qué vamos a hacer con estos hombres? Ciertamente, para todos los que viven en Jerusalén es claro que han hecho un milagro muy importante, y no es posible decir que no es así.

17 Pero para que no vaya más lejos entre la gente, vamos amenazarlos, para que no sigan hablando del nombre de Jesús a hombre alguno.

18 Y los enviaron a buscarlos, y les ordenaron que no hicieran declaraciones ni dieran enseñanzas en el nombre de Jesús.

19 Pero Pedro y Juan, en respuesta, les dijeron" Juzguen ustedes si es correcto a los ojos de Dios obedecerlos a ustedes antes que a Dios".

20 Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.

21 Las autoridades los amenazaron pero los dejaron ir, no hallando ningún modo de castigarlos por causa de la gente; porque todos los hombres estaban alabando a Dios por lo que había sucedido.

22 Porque el hombre en quien se hizo este milagro de sanidad tenía más de cuarenta años.

23 Y cuando fueron liberados, volvieron a sus amigos, y dieron cuenta de todas las cosas que les habían dicho los principales sacerdotes y las autoridades.

24 Y oyéndolo, todos ellos con una sola voz, oraron a Dios, y dijeron: Oh Señor, hacedor del cielo y de la tierra, y del mar, y de todas las cosas en ellos.

25 ¿Quién dijo, por el Espíritu Santo, por la boca de nuestro padre David tu siervo, ¿Por qué se

amotinan las gentes, y por qué los pensamientos
del pueblo son vanos?
26 Los reyes de la tierra se alzaron, los gober-
nantes se unieron, contra el Señor y contra su
Cristo:
27 Porque, verdaderamente, en esta ciudad se
unieron, contra tu santo siervo, Jesús, a quien
ungiste, como Cristo, Herodes, y Poncio Pilato, con
los gentiles y el pueblo de Israel,
28 Para hacer lo que se había fijado antes por tu
mano y tu propósito, ya habías dispuesto que tenía
que suceder.
29 Y ahora, Señor, toma nota de sus amenazas, y
da poder a tus siervos para ser predicadores de tu
palabra sin temor,
30 Mientras tu mano se extiende para hacer
obras de sanidad; para que se hagan señales y
maravillas por el nombre de tu santo hijo Jesús.
31 Y cuando su oración terminó, el lugar donde
estaban se conmovió violentamente, y todos se
llenaron del Espíritu Santo, predicando la palabra
de Dios sin temor.
32 Y todos los que eran de la fe eran uno
en corazón y en alma; y ninguno de ellos dijo
que ninguna de las cosas que tenía era solo su
propiedad; pero tenían todas las cosas en común.
33 Y con gran poder, los Apóstoles dieron testimo-
nio de la resurrección del Señor Jesús; y la gracia
estaba en todos ellos.
34 Y ninguno entre ellos estaba en necesidad;
porque todos los que tenían tierras o casas, las
vendían, y él dinero,

35 Lo pusieron a los pies de los Apóstoles para
distribuirlo a todos según lo hubiesen necesitado.
36 Entonces José, que fue dado por los Apóstoles
con el nombre de Bernabé (cuyo sentido es, Hijo
de consuelo), un levita y un hombre de Chipre por
nacimiento,
37 Teniendo un campo, obtuvo dinero para él y
puso el dinero en los pies de los apóstoles.

5

1 Pero un hombre llamado Ananías, con Safira
su esposa, obtuvo dinero por su propiedad,
2 y retuvo parte del precio, su esposa lo sabía, y
tomó el resto y lo puso a los pies de los Apóstoles.
3 Pero Pedro dijo: Ananías, ¿por qué el Maligno
ha puesto en tu corazón mentir al Espíritu Santo, y
retener parte del precio de la tierra?
4 Mientras lo tenias, ¿no era de tu propiedad? y
después de haberlo vendido, ¿todavía no estaba en
tu poder? ¿que te posesionó para hacer esto? has
mentido, no a los hombres, sino a Dios.
5 Al oír estas palabras, Ananías cayó muerto, y
todos los que estaban presentes se llenaron de
temor.
6 Y los jóvenes fueron, envolvieron el cuerpo, y lo
llevaron a enterrar.
7 Y unas tres horas después, su esposa, que
no tenía conocimiento de lo que había sucedido,
entró.
8 Y Pedro le dijo: Dame una respuesta: ¿era esta
cantidad de dinero el precio de la tierra? Y ella
dijo: Sí, lo fue.
9 Pero Pedro le dijo: ¿Por qué has hecho un pacto
juntos para mentir al Espíritu del Señor? Mira, los

pies de los jóvenes que han sepultado a tu esposo,
están a la puerta, y ellos te sacarán.
10 Y luego ella cayó muerta, y los jóvenes en-
traron la vieron muerta, y ellos la sacaron y la
enterraron con su esposo.
11 Entonces vino un gran temor en toda la iglesia
y en todos los que tenían conocimiento de estas
cosas.
12 Y fueron hechas muchas señales y maravillas
entre las personas por las manos de los apóstoles;
y estaban todos juntos en acuerdo en el pórtico de
Salomón.
13 Los otros, temerosos, se abstuvieron de
unirse a ellos, pero la gente los tenía en alta es-
tima;
14 Y un gran número de hombres y mujeres
tenían fe, y se unieron al Señor;
15 E incluso sacaron a la calle a personas que
estaban enfermas y las pusieron en camas, de
modo que cuando Pedro pasara, por lo menos su
sombra cayera sobre ellos.
16 Y se juntaron personas de las ciudades vecinas a Jerusalén, trayendo a los enfermos y los atormentados por espíritus inmundos; y todos fueron sanados.
17 Pero el sumo sacerdote y los que estaban con
él (los saduceos) estaban llenos de envidia,
18 Y tomaron a los apóstoles y los pusieron en la
prisión común.
19 Pero en la noche un ángel del Señor, abriendo
las puertas de la prisión, los sacó y dijo:
20 Ve, toma tu lugar en el Templo y dile a la gente
toda la enseñanza acerca de esta Vida nueva.

21 Al oír esto, entraron al templo al amanecer
y estaban enseñando. Pero el sumo sacerdote y
los que estaban con él reunieron al Sanedrín y
a los representantes de los hijos de Israel, y los
enviaron a la prisión para traer a los apóstoles.
22 Pero los hombres que fueron enviados vieron
que no estaban en la prisión, y volvieron con la
noticia,
23 Diciendo: Las puertas de la prisión estaban
cerradas con seguridad, y los guardianes estaban
a la puerta, pero cuando estaban abiertos, allí no
había nadie adentro.
24 Ahora bien, ante estas palabras, el capitán del
Templo y los principales sacerdotes se turbaron
mucho acerca de lo que podría ser el final de este
asunto.
25 Y vino alguien y les dijo: Los hombres a
quienes metiste en la cárcel, están en el Templo
enseñando a la gente.
26 Entonces el capitán y algunos de la policía
fueron y los tomaron, pero no violentamente, por
temor de ser apedreados por el pueblo.
27 Y los llevaron al Sanedrín, y el sumo sacerdote
les dijo:
28 Les dimos órdenes muy claras de no dar en-
señanza en este nombre; y ahora Jerusalén está
llena de sus enseñanzas, y ustedes están tratando
de hacernos responsables de la muerte de este
hombre.
29 Pero Pedro y los Apóstoles, respondiendo, di-
jeron: Tenemos que obedecer las órdenes de Dios,
no las de los hombres.

30 El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a
quien ustedes mataron, colgándolo en la cruz.
31 A este Dios ha puesto en lo alto a su diestra,
como Gobernante y Salvador, para dar a Israel
arrepentimiento y el perdón de los pecados.
32 Y somos testigos de estas cosas, y también lo
es el Espíritu Santo, a quien Dios ha dado a los que
lo obedecen.
33 Pero cuando estas palabras llegaron a sus
oídos, fueron enfurecidos aún más, y tenían la
intención de matarlos.
34 Pero uno de los Sanedrín, un fariseo llamado
Gamaliel, un doctor de la ley, quien era respetado
entre todo el pueblo, se levantó e hizo una sug-
erencia para que los hombres fueran puestos
afuera por un corto tiempo.
35 Y les dijo: Varones de Israel, piensen bien en
lo que le van hacer a estos hombres.
36 Antes de esto estaba Teudas, que dijo que era
alguien importante, a quien unos cuatrocientos
hombres le dieron su apoyo: lo mataron, y su
grupo se rompió y quedó en nada.
37 Después de este hombre, estaba Judas de
Galilea, en el momento del censo, y parte del
pueblo lo siguió: fue ejecutado, y todos sus
seguidores fueron dispersados.
38 Y ahora les digo que no hagan nada a estos
hombres, y que no se metan con ellos; porque si
esta enseñanza o esta obra es de los hombres, se
desvanecerá.
39 Pero si es de Dios, no serán capaces de vencer-
los, y estás en peligro de estar luchando contra
Dios.

40 Y les pareció que tenía razón; y enviaron a
buscar a los Apóstoles, y, después de azotarlos y
darles órdenes de no enseñar en el nombre de Jesús,
los dejaron ir.
41 Así que se alejaron del Sanedrín, felices de
experimentar vergüenza por el Nombre.
42 Y todos los días, en el Templo y en privado,
continuaron enseñando y predicando a Jesús como
el Cristo.

6

1 Ahora en aquellos días, cuando el número
de discípulos iba en aumento, los judíos griegos
protestaban contra los hebreos, porque sus viu-
das no eran atendidas en la distribución de ali-
mentos todos los días.
2 Y los Apóstoles enviaron a todos los discípulos
y dijeron: No es correcto que renunciemos a
predicar la palabra de Dios para hacer la distribu-
ción de los alimentos.
3 Toma, pues, de entre ustedes siete hombres de
confianza, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría,
a quienes podamos ceder el control de esta re-
sponsabilidad.
4 Entonces daremos todo nuestro tiempo a la
oración y la enseñanza de la palabra.
5 Y esta palabra fue grata para todos ellos: y
escogieron a Esteban, un hombre lleno de fe y del
Espíritu Santo, y Felipe y Prócoro, Nicanor, Timón,
Parmenas y Nicolás de Antioquía, que se habían
hecho judíos.
6 Estos se los llevaron a los Apóstoles, quienes,
después de la oración, les impusieron las manos.

7 Y la palabra de Dios aumentaba en poder; y
el número de los discípulos en Jerusalén llegó a
ser muy grande, y un gran número de sacerdotes
estaban de acuerdo con la fe.
8 Y Esteban, lleno de gracia y poder, hizo grandes
maravillas y señales entre la gente.
9 Pero algunos de los que eran de la sinagoga
llamada "de los esclavos Liberados", y algunos de
los hombres de Cirene y de Alejandría, y los de
Cilicia y Asia, discutieron con Esteban.
10 Pero no pudieron vencerlo, porque sus pal-
abras estaban llenas de sabiduría y del Espíritu.
11 Entonces llegaron los hombres a decir: le
hemos oído decir: Él ha dicho mal contra Moisés
y contra Dios.
12 Y el pueblo, con los principales y los escribas,
se apresuraron a arrestarlo, y vinieron y lo lle-
varon ante el Sanedrín,
13 y obtuvieron falsos testigos que dijeron: Este
hombre está por siempre diciendo cosas contra
este lugar santo y contra la ley;
14 Porque él ha dicho en nuestra audiencia que
este Jesús de Nazaret destruirá este lugar y hará
cambios en las reglas que nos fue dada por Moisés.
15 Y todos los que estaban en el Sanedrín,
mirándolo, vieron que su rostro era como la cara
de un ángel.

7

1 Entonces el sumo sacerdote dijo: ¿Son ciertas
estas cosas?
2 Y él dijo: Mis hermanos y padres, escúchenme.
El Dios de la gloria vino a nuestro padre Abraham,

cuando estaba en Mesopotamia, antes de vivir en Harán,

3 Y le dijo: Sal de tu tierra, y fuera de tu familia, y ven a la tierra a la que yo te mostraré.

4 Luego salió de la tierra de los caldeos y fue a Harán. y desde allí, cuando su padre murió, fue guiado por Dios a esta tierra, donde ahora viven ustedes:

5 Y Dios no le dio ninguna herencia en ella, ni siquiera lo suficiente para poner su pie en ella, pero él le dio una promesa, que está tierra se la daría a él y a sus hijos después de él, aunque no tenía hijos en ese momento.

6 Y dijo Dios que su simiente viviría en tierra extraña, y que los convertirían en esclavos, y serían maltratados por cuatrocientos años.

7 Y yo seré el juez, dijo Dios, de la nación que los hizo esclavos; y después de eso, saldrán y me adorarán en este lugar.

8 Y él hizo con Abraham un pacto y ordeno la practica de la circuncisión. Y así Abraham tuvo un hijo, Isaac, y le dio la circuncisión en el octavo día; e Isaac tuvo un hijo, Jacob, y Jacob fue el padre de las doce tribus de Israel.

9 Estos hijos de jacob, que fueron nuestros antepasados, llenos de envidia contra José, lo vendieron a Egipto como esclavo; pero Dios estaba con él,

10 Y lo libró de todas sus angustias, y le dio sabiduría y le hizo ganarse el favor de Faraón, rey de Egipto, que lo hizo gobernador de Egipto y de toda su casa.

11 Hubo una hambruna en todo Egipto y en
Canaán, y hubo gran miseria; y nuestros antepasa-
dos no pudieron conseguir alimento.
12 Pero Jacob, oyendo que había trigo en Egipto,
envió a nuestros padres por primera vez.
13 Y la segunda vez que sus hermanos tuvieron
una reunión con José y se dio a conocer a sus her-
manos, y Faraón tuvo conocimiento de la familia
de José.
14 Entonces José envió por Jacob su padre y toda
su familia, setenta y cinco personas en total.
15 Y descendió Jacob a Egipto, y allí murió, y así
como nuestros padres;
16 Y fueron llevados a Siquem, y puestos a des-
cansar en el lugar que Abraham obtuvo por precio
en plata de los hijos de Hamor en Siquem.
17 Pero cuando llegó el momento de que se
cumpliera la promes que Dios le había dado a
Abraham, el pueblo crecía en Egipto,
18 Hasta que otro rey subió al poder, que no
conocía a José.
19 Él, teniendo malos designios contra nuestra
nación, fue cruel con nuestros antepasados, y se
vieron obligados abandonar y dejar morir sus
niños pequeños con el fin de que no se propagasen.
20 En ese tiempo Moisés nació, y él era muy
hermoso; y fue guardado por tres meses en la casa
de su padre.
21 Cuando tuvieron que abandonarlo, la hija de
Faraón lo tomó y lo tuvo como a su hijo.
22 Y Moisés fue entrenado en toda la sabiduría
de Egipto, y fue grande en sus palabras y obras.

23 Pero cuando tenía casi cuarenta años, le vino
al corazón ir a ver a sus hermanos, los hijos de
Israel.
24 Y al ver a uno de ellos siendo atacado, fue en
su ayuda y le dio un golpe mortal al egipcio:
25 y esperaba que sus hermanos vieran que Dios
lo había enviado a ser su salvador; pero ellos no lo
entendieron.
26 Y el día después, vino a ellos, mientras pe-
leaban, y los ponía en paz, diciendo: ustedes son
hermanos; ¿Por qué se maltratan entre ustedes?
27 Pero el hombre que estaba haciendo mal a
su prójimo, empujo a Moisés, le dijo: ¿Quién te
nombró gobernante y juez sobre nosotros?
28 ¿Me matarás como lo hiciste con el egipcio
ayer?
29 Y al decir estas palabras, Moisés huyó a la
tierra de Madián, y vivió allí un tiempo, y tuvo dos
hijos.
30 Al cabo de cuarenta años, un ángel se le acercó
en el desierto del Sinaí, en la llama de un árbol
ardiente y espinoso.
31 Y Moisés, al verlo, se maravilló, y cuando se
acercó para tener una visión más cercana de él, la
voz del Señor vino a él, diciendo:
32 Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abra-
ham y de Isaac y de Jacob Y Moisés, temblando de
miedo, evitó que sus ojos lo miraran.
33 Y el Señor dijo: Quítate los zapatos de tus pies,
porque el lugar donde estás es santo.
34 En verdad, he visto el sufrimiento de mi
pueblo en Egipto, y sus clamores han venido a mis

oídos, y he descendido para librarlos; y ahora, ven,
te enviaré a Egipto.

35 Este Moisés, a quien no quisieron, diciendo:
¿Quién te hizo gobernante y juez? Dios lo envió
para ser gobernante y salvador, por mano del
ángel que vio en el árbol de la zarza.

36 Este los sacó, habiendo hecho maravillas y
señales en Egipto, en el Mar Rojo y en el desierto,
por cuarenta años.

37 Este es el mismo Moisés, que dijo a los hijos
de Israel: Dios te dará un profeta de entre tus
hermanos, como yo;

38 Este es el hombre que estaba en la asamblea
en el desierto, con el ángel que le hablaba en el
Sinaí, y con nuestros padres; y a él se le dieron
las palabras vivas de Dios, para que él las pasara
a nosotros.

39 Pero nuestros padres no obedecieron; pero lo
rechazaron, volviendo su corazón a Egipto,

40 y diciendo a Aarón: Haznos dioses para ir
delante de nosotros; en cuanto a este Moisés, que
nos sacó de la tierra de Egipto, no tenemos idea de
que haya pasado él.

41 E hicieron la imagen de un becerro en aquel-
los días, y le hicieron una ofrenda, y se regocijaron
en la obra de sus manos.

42 Pero Dios se apartó de ellos y rindieron culto a
las estrellas del cielo, como está escrito en el libro
de los profetas: “Me hiciste ofrendas de ovejas y
bueyes durante cuarenta años en el desierto, oh
casa de Israel?

43 Si, levantaste tienda a Moloc y la estrella del
dios Refán, imágenes que tú hiciste para adorarlos;
y te llevaré lejos, aún más lejos de Babilonia.
44 Nuestros padres tenían la Tienda del testimo-
nio en el desierto, como Dios le ordenó a Moisés
que la hiciera según el diseño que había visto.
45 Nuestros padres recibieron esta tienda como
herencia, y los que vinieron con Josué, la trajeron
consigo cuando conquistaron la tierra de los otros
pueblos, a los que Dios expulsó delante de nue-
stros padres, hasta el tiempo de David,
46 el rey David agradó a Dios; y él tenía el deseo
de hacer una tienda santa para el Dios de Jacob.
47 Pero Salomón era el constructor de su casa.
48 Pero aún así, el Altísimo no tiene su lugar de
descanso en casas hechas con manos, como dice
el profeta,
49 el cielo es la sede de mi poder, y la tierra es un
lugar de descanso para mis pies: ¿qué tipo de casa
me edificarán ? dice el Señor, ¿o cuál es mi lugar de
descanso?
50 ¿No hizo mi mano todas estas cosas?
51 Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y
de oídos!; están resistiendo el Espíritu Santo; como
hicieron sus padres, ustedes también.
52 ¿Cuál de los profetas no fue cruelmente at-
acado por sus padres? y mataron a quienes les
dieron la noticia de la venida del Justo; a quien
ahora han abandonado y han dado muerte;
53 Ustedes, a quien la ley fue dada como fue
ordenada por los ángeles, y no la ha obedecido.
54 Oyendo estas cosas, se enfurecieron en el
corazón y rechinaban los dientes contra él.

55 Esteban lleno del Espíritu Santo, y mirando al
cielo, vio la gloria de Dios y de Jesús a la diestra de
Dios.
56 Y él dijo: Ahora veo los cielos abiertos, y el
Hijo del hombre a la diestra de Dios.
57 Pero a grandes voces, y tapandose sus oídos, lo
atacaron todos juntos,
58 Echándolo fuera de la ciudad le apedrearon;
y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un
joven llamado Saulo.
59 Y Esteban, mientras era apedreado, oró a
Dios, diciendo: Señor Jesús, toma mi espíritu.
60 Y echándose de rodillas, dijo en alta voz: Señor,
no los hagas responsables de este pecado. Y
cuando dijo esto, durmió.

8

1 Y Saúl dio su aprobación a su muerte. Ahora
en ese momento se inició un ataque violento con-
tra la iglesia en Jerusalén; y todos, menos los
Apóstoles, se fueron a todas partes de Judea y
Samaria.
2 Y los hombres temerosos de Dios pusieron el
cuerpo de Esteban en su último lugar de descanso,
llorando mucho sobre él.
3 Pero Saúl ardía de odio contra la iglesia, en-
traba en todas las casas, y sacaba a rastras hom-
bres y mujeres y los metía en la cárcel.
4 Pero los que habían huido fueron a todas
partes predicando la palabra.
5 Y Felipe descendió a Samaria y les enseñaba
acerca de Cristo.

6 Y todo el pueblo puso atención a las palabras
que Felipe dijo, cuando vieron las señales que él
hizo.
7 Porque salían espíritus inmundos de los que
los tenían, salían estos clamando a gran voz; y
una cantidad de aquellos que estaban enfermos y
paralíticos y cojos en su cuerpo quedaron bien.
8 Y hubo mucha alegría en esa ciudad.
9 Pero había un hombre llamado Simón, que en
el pasado había ejercido la magia y había engañado
a la gente de Samaria, diciendo que él mismo era
un gran hombre:
10 A quienes todos ellos prestaron atención,
desde el más pequeño al más grande, diciendo:
Este es gran poder de Dios.
11 Y le prestaron atención, porque con sus
artes mágicas les había engañado durante mucho
tiempo.
12 Pero cuando tuvieron fe en las buenas nuevas
dadas por Felipe acerca del reino de Dios y el
nombre de Jesucristo, varios hombres y mujeres
se bautizaron.
13 Y el mismo Simón tuvo fe y, habiendo sido
bautizado, fue con Felipe, y viendo las señales y las
grandes maravillas que hizo, se llenó de sorpresa.
14 Cuando los apóstoles en Jerusalén recibieron
noticias de que la gente de Samaria había tomado
la palabra de Dios en sus corazones, les enviaron
a Pedro y a Juan;
15 Y cuando llegaron, oraron por ellos, para que
les sea dado el Espíritu Santo;

16 porque hasta aquel momento no había descendido en ninguno de ellos; solo se les había dado el bautismo en el nombre del Señor Jesús.
17 Entonces pusieron sus manos sobre ellos, y el Espíritu Santo vino sobre ellos.
18 Cuando Simón vio que el Espíritu Santo había sido dado por el toque de las manos de los Apóstoles, les hizo una ofrenda de dinero, diciendo:
19 Dame este poder, para que cuando ponga mis manos sobre cualquiera, él reciba el Santo Espíritu.
20 Pero Pedro dijo: Que tu dinero venga a la destrucción contigo, porque tuviste la idea de que lo que se da gratuitamente por Dios puede obtenerse por un precio.
21 No tienes parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no está bien delante de Dios.
22 Arrepiéntete, pues, y ora a Dios para que tengas perdón por tus malos pensamientos.
23 Porque veo que estás preso en la amarga envidia y las cadenas del pecado.
24 Entonces Simón, respondiendo, dijo: Ruega al Señor, para que no me sobrevenga esto que has dicho.
25 Y ellos, habiendo dado su testimonio, y hablando la palabra del Señor, volvieron a Jerusalén, y dieron las buenas nuevas en el camino en varias ciudades pequeñas de Samaria.
26 Pero el ángel del Señor dijo a Felipe: Levántate y ve hacia el sur, al camino que va de Jerusalén a Gaza, por el desierto.

27 Y él fue y hubo un hombre de Etiopía, un
siervo de gran autoridad bajo Candace, reina
de los etíopes, y administrador de todas sus
propiedades, que habían venido a Jerusalén para
adoración;
28 Regresó, sentado en su carro, y estaba
leyendo el libro del profeta Isaías.
29 Y el Espíritu dijo a Felipe: Acércate, y sube a su
carro.
30 Y Felipe, corriendo hacia él, vio que estaba
leyendo al profeta Isaías, y le dijo: ¿Está claro para
ti, entiendes lo que lees?
31 Y él dijo: ¿Cómo es posible cuando no tengo
nadie que me enseñe? Y él hizo que Felipe se
pusiera de su lado.
32 Ahora el lugar en el libro donde estaba
leyendo era éste: fue tomado, como una oveja,
para ser muerto; y como un cordero está quieto
cuando se corta la lana, tampoco hizo ningún
ruido.
33 En su humillación, su causa no fue escuchada:
¿Mas su generación quién la contará? porque su
vida está separada de la tierra.
34 Y el etíope dijo a Felipe: ¿De quién son estas
palabras dichas por el profeta? sobre sí mismo, o
algún otro?
35 Así que Felipe, a partir de este escrito, le dio
las buenas nuevas acerca de Jesús.
36 Y mientras iban en camino, llegaron a un
lugar donde había agua, y el etíope dijo: Mira, aquí
hay agua; ¿Por qué no puedo tener el bautismo?
37 Si crees de todo corazón, puedes, y respondi-
endo dijo: creo que Jesucristo es él hijo de Dios.

38 Y ordenó detener el carruaje, y los dos descendieron al agua, y Felipe le dio el bautismo.
39 Y cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor se llevó a Felipe; y el etíope no lo vio más, porque siguió su camino lleno de alegría.
40 Pero Felipe llegó a Azoto, y recorrió todas las ciudades, anunciando las buenas nuevas, hasta que llegó a Cesarea.

9

1 Pero Saúl, aún con deseo de matar a los discípulos del Señor, fue al sumo sacerdote,
2 y le pidió cartas a las sinagogas de Damasco, de modo que si allí había, hombres o mujeres, de este Camino podría llevarlos como prisioneros a Jerusalén.
3 Y mientras él viajaba, se acercó a Damasco; y de repente vio una luz del cielo que brillaba a su alrededor;
4 Y le rodeó una luz resplandeciente del cielo y él cayó al suelo, y una voz le dijo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?
5 Y él dijo: temblando y temeroso ¿Quién eres tú, Señor? Y él dijo: Yo soy Jesús, a quien estás atacando:
6 Pero levántate, y entra en la ciudad, y se te dirá lo que tienes que hacer.
7 Y los hombres que estaban con él no pudieron decir nada; escuchando la voz, pero sin ver a nadie.
8 Y Saúl se levantó, y cuando sus ojos se abrieron, no vio nada; y fue guiado por la mano a Damasco.

9 Y durante tres días no pudo ver, y no tomó
comida ni bebida.
10 Y había un discípulo en Damasco llamado
Ananías; y el Señor le dijo en visión, ¡Ananías! y él
dijo: Aquí estoy, Señor.
11 Y el Señor le dijo: Levántate, y ve a la calle que
se llama Derecha, y busca en la casa de Judas a uno
llamado Saulo de Tarso; porque él está en oración;
12 Y vio en visión a un hombre llamado Ananías
que entraba y le ponía las manos encima, para que
él pudiera ver.
13 Pero Ananías dijo: Señor, he tenido relatos
de varias personas acerca de este hombre, cuánto
mal ha hecho a tus santos en Jerusalén.
14 Y aquí tiene la autoridad de los principales
sacerdotes para hacer prisioneros a todos los que
dan culto a tu nombre.
15 Pero el Señor dijo: ve, no temas; porque
él es instrumento escogido para mí, para dar a
los gentiles, a los reyes, a los hijos de Israel el
conocimiento de mi nombre;
16 porque yo le mostraré todo lo que tiene que
padecer por mi nombre.
17 Y saliendo Ananías, vino a la casa y, poniéndole
las manos encima, le dijo: Hermano Saulo, el
Señor Jesús, a quien viste en tu viaje, me envió
para que veas, y estar lleno del Espíritu Santo.
18 Y enseguida pareció como si le quitaran un
velo de los ojos, y él pudo ver; y él se levantó y tuvo
el bautismo;
19 Y cuando hubo tomado comida, su fuerza
regresó. Y por algunos días se quedó con los
discípulos que estaban en Damasco.

20 Y enseguida, en las sinagogas, estaba predi-
cando a Jesús como el Hijo de Dios.
21 Y todos los que lo oían se llenaron de asombro,
y dijeron: ¿No es éste el hombre que en Jerusalén
estaba atacando a todos los adoradores de este
nombre? y él había venido aquí para que los
tomara como prisioneros ante los principales sac-
erdotes.
22 Pero Saúl siguió aumentando su poder, y los
judíos en Damasco no pudieron dar respuesta a los
argumentos mediante los cuales dejó en claro que
Jesús era el Cristo.
23 Luego, después de algunos días, los judíos
hicieron un acuerdo juntos para matarlo:
24 Pero Saúl conoció sus planes. Y cuidaban
día y noche las puertas de la ciudad, para que lo
mataran:
25 Pero sus discípulos lo tomaron de noche y lo
dejaron caer de la pared en una canasta.
26 Y cuando vino a Jerusalén, hizo un intento de
unirse a los discípulos, pero todos le temían, no lo
tomaban por discípulo.
27 Pero Bernabé lo llevó a los Apóstoles y les
contó cómo había visto al Señor en el camino, y
había escuchado sus palabras, y cómo en Damasco
había estado predicando en el nombre de Jesús sin
temor.
28 Y él estaba con ellos, yendo y viniendo a
Jerusalén,
29 Predicando en el nombre del Señor sin temor;
y él tuvo discusiones con los judíos griegos; pero
éstos procuraban matarlo.
30 Y cuando los hermanos lo supieron, lo lle-
varon a Cesarea y lo enviaron a Tarso.

31 Y así la iglesia a través de toda Judea y Galilea
y Samaria tuvo paz y se hizo fuerte; y, viviendo en
el temor del Señor y en la comodidad del Espíritu
Santo, se incrementó enormemente.
32 Y sucedió que mientras Pedro atravesaba to-
das las partes del país, vino a ver a los santos que
vivían en Lida.
33 Y había allí un hombre llamado Eneas, que
durante ocho años estuvo acostado, sin poder mo-
verse, pues estaba paralítico.
34 Y Pedro le dijo: Eneas, Jesucristo te sana;
levántate y haz tu cama. Y enseguida se levantó.
35 Y todos los que vivían en Lida y Sarón lo
vieron, y se convirtieron al Señor.
36 Había en Jope una discípula llamada Tabita, es
decir, Dorcas: esta mujer fue dada a buenas obras
y actos de misericordia en todo momento.
37 Y sucedió que en aquellos días enfermó y
murió, y cuando la lavaron, la pusieron en una
habitación que estaba en lo alto.
38 Y como Lida estaba cerca de Jope, los
discípulos, sabiendo que Pedro estaba allí, le
enviaron dos hombres, y le rogaron que fuera con
ellos.
39 Y Pedro fue con ellos. Y cuando llegó, lo
llevaron a la habitación; y todas las viudas estaban
allí, llorando y poniendo delante de él los abrigos
y la ropa que Dorcas había hecho mientras estaba
con ellos.
40 Pero Pedro los hizo salir a todos, y se puso de
rodillas en oración; y volviéndose hacia el cuerpo,
dijo, Tabita, levántate. Y, al abrir los ojos, vio a
Pedro y se levantó.

41 Y él, tomó su mano, la levantó; entonces,
llamando a los santos y las viudas, él se las dio,
viva.
42 Y noticias de esto pasaron por todo Jope, y
varias personas tuvieron fe en el Señor.
43 Y vivió en Jope por algún tiempo con Simón,
un curtidor de piel.

10

1 Y había cierto hombre en Cesarea, llamado
Cornelio, capitán del batallón llamado él italiano;
2 Un hombre serio, piadoso y temeroso de Dios
con toda su familia; él dio mucho dinero a los
pobres, e hizo oración a Dios en todo momento.
3 Y vio en visión, claramente, como a la hora
novena del día, que un ángel del Señor venía a él
y le decía: ¡Cornelio!
4 Y mirando él con temor, dijo: ¿Qué es esto,
Señor? Y él le dijo: Tus oraciones y tus ofrendas
han llegado a Dios, y él las ha tenido en cuenta.
5 Ahora envía hombres a Jope, y toma a un
Simón, llamado Pedro,
6 que vive con Simón, un trabajador de cuero,
cuya casa está junto al mar.
7 Y cuando el ángel que le había dicho estas
palabras se había ido, envió a buscar a dos de
sus siervos, y un hombre del ejército temeroso de
Dios, uno de los que le estaban esperando en todo
momento;
8 Y habiéndoles dado cuenta de todo, los envió a
Jope.
9 Al día siguiente, cuando estaban en camino y
estaban cerca de la ciudad, Pedro subió a la parte
superior de la casa a orar, como a la hora sexta:

10 y necesitaba comida; pero mientras le
preparaban algo, tuvo una vision;
11 Y vio los cielos abiertos, y un vaso que bajaba,
como un gran paño sobre la tierra,
12 en el cual había toda clase de bestias y aves.
13 Y vino una voz a él, diciendo: Ven, Pedro;
mata y come.
14 Pero Pedro dijo: No, Señor; porque nunca
tomé comida que sea común o inmunda.
15 Y la voz vino a él una segunda vez, Lo que Dios
ha limpiado, no le llames común?
16 Y esto fue hecho tres veces: y luego la vasija
fue llevada al cielo.
17 Pero mientras Pedro dudaba del propósito de
esta visión, los hombres que fueron enviados por
Cornelio, buscando la casa de Simón, vinieron a la
puerta,
18 para ver si Simón, llamado Pedro, estaba
viviendo allí.
19 Y, mientras Pedro daba vueltas a la visión en
su mente, el Espíritu le dijo: Mira, tres hombres te
están buscando.
20 Baja, pues, y ve con ellos, sin dudar nada,
porque yo los he enviado.
21 Y Pedro descendió a los hombres, y dijo: Yo
soy el hombre que estás buscando: ¿por qué has
venido?
22 Y ellos dijeron: Cornelio, capitán, hombre
recto y temeroso de Dios, respetado por toda la
nación de los judíos, tuvo palabra de Dios por
medio de un ángel para enviarte a su casa, y para
escuchar tus palabras.

23 Entonces haciéndoles pasar, los hospedó. Y el
día después, él fue con ellos, llevándose a algunos
de los hermanos de Jope con él.
24 Y el día después de eso, vinieron a Cesarea. Y
Cornelio los estaba esperando, habiendo reunido
a sus parientes y amigos cercanos.
25 Y cuando Pedro entró, Cornelio se le acercó y,
cayendo a sus pies, le dio culto.
26 Pero Pedro, levantándolo, le dijo: Levántate,
porque yo soy un hombre como tú.
27 Y diciendo estas palabras, entró y vio que
muchas personas se habían juntado;
28 Y él les dijo: Ustedes mismos saben que es
ilegal que un hombre judío esté en compañía de
alguien que es de otra nación; pero Dios me ha
aclarado que ningún hombre puede ser consider-
ado común o inmundo:
29 Y así fui sin preguntar, cuando fui enviado.
¿Cuál es tu propósito de hacerme venir?
30 Y Cornelio dijo: Hace cuatro días estuve en mi
casa a esta hora estaba en ayunas, mientras oraba
en mi casa en la hora novena; y vi delante de mí a
un hombre con ropa resplandeciente,
31 que dijo: Cornelio, tu oración ha llegado a
los oídos de Dios, y tus ofrendas se guardan en su
memoria.
32 Envía, pues, a Jope, y haz que Simón, llamado
Pedro, venga a ti; él vive en la casa de Simón, un
trabajador de cuero, junto al mar.
33 Así que, de inmediato, envié por ti; y has
hecho bien en venir. Y ahora, todos estamos
presentes ante Dios, listos para prestar atención a

todas las cosas que el Señor te ha dado para que digas.

34 Entonces Pedro dijo: En verdad, veo claramente que Dios no hace acepción de personas.

35 Pero en toda nación, el hombre que le teme y le hace justicia, le agrada.

36 La palabra que envió a los hijos de Israel, dando las buenas nuevas de paz por medio de Jesucristo (que es el Señor de todos).

37 Esa palabra que ustedes mismos conocen, que se hizo pública en toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo del que Juan predicó,

38 Acerca de Jesús de Nazaret, cómo Dios lo ungió con el Espíritu Santo, con poder; y cómo él procedió haciendo el bien y sanando a todos los que estaban atribulados por espíritus malignos, porque Dios estaba con él.

39 Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en el país de los judíos y en Jerusalén; a quien mataron, colgándolo en un madero.

40 Al tercer día, Dios lo resucitó, he hizo que se nos apareciera a nosotros.

41 No por todo el pueblo, sino a los testigos señalados anteriormente por Dios, a nosotros, que comimos y bebimos con él después de que resucitó de los muertos.

42 Y él nos dio órdenes de dar noticias de esto al pueblo, y dar testimonio público de que este es él a quien Dios ha hecho juez de los vivos y de los muertos.

43 A él todos los profetas dan testimonio de
que por su nombre todos los que tienen fe en él
tendrán perdón de pecados.
44 Mientras Pedro decía estas palabras, el
Espíritu Santo vino sobre todos los que oían la
palabra.
45 Y los judíos de la fe, que habían venido con
Pedro, estaban maravillados, porque el Espíritu
Santo había sido dado a los gentiles,
46 y hablaban en lenguas extrañas y glorificaban
a Dios. Entonces Pedro dijo:
47 ¿Acaso puede impedirse que sean bautizadas
estas personas a quienes se les ha dado el Espíritu
Santo como nosotros?
48 Y les dio órdenes para que tuvieran el
bautismo en el nombre de Jesucristo. Luego lo
mantuvieron con ellos por algunos días.

11

1 Ahora los Apóstoles y los hermanos que esta-
ban en Judea tenían noticias de que la palabra de
Dios había sido dada a los gentiles.
2 Y cuando Pedro llegó a Jerusalén, los que
guardaban la ley de la circuncisión discutían con
él,
3 Diciendo: Porque Fuiste a casa de incircun-
cisos, y comiste con ellos?.
4 Pero Pedro les dio un informe de todo esto en
orden, diciéndoles:
5 Yo estaba en la ciudad de Jope, en la oración; y
al caer en un sueño profundo, vi en una visión una
vasija como una gran tela que bajaba del cielo, y
vino a mí:

6 Y mirándolo con atención vi en él todo tipo de
bestias y pájaros.
7 Y una voz vino a mis oídos, diciendo: Ven,
Pedro; mata y come.
8 Pero yo dije: No, Señor; porque nada común o
inmundo alguna vez ha venido a mi boca.
9 Pero la voz, viniendo por segunda vez del cielo,
dijo: Lo que Dios ha limpiado, no lo llames tu
común.
10 Y esto fue hecho tres veces, y todo fue llevado
de nuevo al cielo.
11 Y en ese momento, tres hombres, enviados
desde Cesarea, vinieron a la casa donde estábamos.
12 Y el Espíritu me dio órdenes de ir con ellos,
sin dudar nada. Y estos seis hermanos vinieron
conmigo; y entramos en la casa de aquel hombre.
13 Y nos contó cómo había visto al ángel en su
casa, diciendo: Envía a Jope, y haz que Simón,
llamado Pedro, venga a ti;
14 ¿Quién te dirá palabras a través de las cuales
tú y toda tu familia podrán obtener la salvación?
15 Y mientras les hablaba, el Espíritu Santo de-
scendió sobre ellos tambien, como sobre nosotros
al principio.
16 Y las palabras del Señor vinieron a mi mente,
cómo él dijo: El bautismo de Juan fue con agua,
pero ustedes tendrán el bautismo con el Espíritu
Santo.
17 Si entonces Dios les dio, cuando tuvieron fe en
el Señor Jesucristo, lo mismo que él nos dio, ¿quién
era yo para ir en contra de Dios?
18 Oyendo estas cosas, no dijeron nada más,
sino que glorificaban a Dios, diciendo: de manera

que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento, para que tengan vida eterna.

19 Entonces los que se habían ido en el momento
de la persecución de Esteban, llegaron hasta Feni-
cia y Chipre, predicando solo a los judíos.

20 Pero algunos de ellos, hombres de Chipre y
Cirene, cuando llegaron a Antioquía, dieron las
buenas nuevas acerca del Señor Jesús a los griegos.

21 Y el poder del Señor estaba con ellos, y un gran
número tuvo fe y dejaron sus antiguas creencias y
se convirtieron al Señor.

22 Y noticias de ellos vinieron a oídos de la iglesia
en Jerusalén; y enviaron a Bernabé hasta Antio-
quía.

23 El cual, cuando llegó y vio la gracia de Dios,
se alegró; y les exhortó a que con corazón firme
siguieran fieles al Señor con toda la fuerza de sus
corazones:

24 Porque era un hombre bueno y lleno del
Espíritu Santo y de la fe; y un gran número se unió
al Señor.

25 Luego Bernabé fue a Tarso, buscando a Saúl;

26 Y cuando se encontró con él, lo llevó a Antio-
quía. Y estuvieron con la iglesia allí por un año,
enseñando a la gente; y a los discípulos primero se
les dio el nombre de cristianos en Antioquía.

27 En aquellos días, los profetas llegaron de
Jerusalén a Antioquía.

28 Y uno de ellos, llamado Agabo, dijo
públicamente por medio del Espíritu que habría
una gran hambruna en toda la tierra: lo cual
sucedió en el tiempo de Claudio.

29 Y los discípulos, cada uno como pudo, tomaron
la decisión de enviar ayuda a los hermanos que
vivían en Judea;
30 Lo cual hicieron, y lo enviaron a los princi-
pales de la iglesia por mano de Bernabé y Saulo.

12

1 Ahora, en esa época, Herodes el rey hizo crueles
ataques contra los cristianos.
2 Y mató a espada a Jacobo, el hermano de Juan.
3 Y cuando vio que esto era agradable a los
judíos, tomó a Pedro además. Esto fue en el mo-
mento de la fiesta de pan sin levadura.
4 Y arrestandolo, lo puso en la cárcel, con cuatro
bandas de hombres armados para ser vigilado; su
propósito llevarlo a la gente después de la Pascua.
5 Así que Pedro fue encarcelado, pero la iglesia
hizo una oración fuerte a Dios por él.
6 Y cuando Herodes estaba a punto de sacarlo,
esa misma noche Pedro estaba durmiendo enca-
denado entre dos hombres armados, y los ata-
layas vigilaban la puerta de la prisión.
7 Y se vio una gran luz resplandeciente en la
habitación, y un ángel del Señor vino a Pedro y,
tocándolo de lado, y saliendo de su sueño, le dijo:
Levántate pronto. Y sus cadenas salieron de sus
manos.
8 Entonces el ángel dijo: Ponte tus zapatos y
prepárate para ir. Y lo hizo. Y él dijo: ponte el
abrigo y ven conmigo.
9 Y salió tras él; y no estaba seguro de si lo hecho
por el ángel era un hecho, porque le parecía que
estaba viendo una visión.

10 Y cuando pasaron el primero y el segundo
guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba
a la ciudad, que se abrió sola; y salieron y bajaron
una calle; y luego el ángel se fue.
11 Y cuando Pedro recobró el sentido, dijo:
Ahora, de cierto, estoy seguro de que el Señor en-
vió a su ángel y me sacó de las manos de Herodes,
en contra de todas las esperanzas de los judíos.
12 Y cuando se hizo claro acerca de esto, fue a la
casa de María, la madre de Juan llamado Marcos,
donde varios de ellos se habían reunido para orar.
13 Y dio un golpe en la puerta, y una joven
muchacha llegó a ella, llamada Rode.
14 Y oyendo la voz de Pedro, con gozo ella salió
corriendo, sin abrir la puerta, para decir que
Pedro estaba afuera.
15 Y ellos le dijeron: Estás fuera de tu cabeza.
Pero aún así ella aseguraba, que era así. Y ellos
dijeron: Es su ángel.
16 Pero Pedro siguió dando golpes en la puerta;
y cuando estuvo abierta y lo vieron, se llenaron de
asombro.
17 Pero él les hizo señas con la mano para que
guardaran silencio, y les contó cómo el Señor lo
había sacado de la cárcel. Y él dijo: dales las nuevas
a Jacobo y a los hermanos. Y luego se fue.
18 Cuando amanecía, los hombres armados se
turbaron mucho sobre lo que había sido de Pedro.
19 Y Herodes, cuando envió a buscarlo, y él no
estaba allí, después de interrogar a los guardias,
los hizo responsables y dio órdenes de que los
mataran. Luego bajó de Judea a Cesarea por un
tiempo.

20 Ahora estaba muy enojado con la gente de
Tiro y Sidón: y vinieron a él, todos juntos, y
habiéndose hecho amigos de Blastos, el admin-
istrador de la casa del rey Herodes, hicieron un
pedido de paz, porque su país dependía de el país
del rey por su comida.
21 Y en el día que había sido arreglado, Herodes,
vestido con sus ropas reales y sentado en tribunal,
les hizo una declaración pública.
22 Y el pueblo, con fuertes gritos, dijo: Es la voz
de un dios, no de un hombre!
23 Y luego el ángel del Señor le envió enfermedad,
porque no había dado la gloria a Dios; y su carne
fue consumida por gusanos, y así llegó a su fin.
24 Pero la palabra del Señor iba en aumento.
25 Y Bernabé y Saúl volvieron de Jerusalén,
cuando terminaron su trabajo, llevando consigo a
Juan, llamado Marcos.

13

1 Había en Antioquía, en la iglesia de allí, profe-
tas y maestros: Bernabé y Simón, que se llamaba
Niger, y Lucio de Cirene, y Manaén, pariente del
rey Herodes, y Saúl.
2 Ministrando al Señor, y ayunando, el Espíritu
Santo dijo: Dejen que Bernabé y Saúl me sean
entregados para el trabajo especial para el cual
fueron marcados por mí.
3 Luego, después de orar y ayunar, les im-
pusieron las manos y los despidieron.
4 Entonces, siendo enviados por el Espíritu
Santo, descendieron a Seleucia; y desde allí
fueron en barco a Chipre.

5 Y en Salamina, ellos predicaban la palabra de
Dios en las sinagogas de los judíos; y Juan estaba
con ellos, ayudándoles.

6 Y cuando hubieron recorrido toda la isla hasta
Pafos, se encontraron a un mago y falso profeta,
un judío que se llamaba Barjesús;

7 Quién estaba con el gobernante, Sergio Paulo,
un hombre inteligente. Este hombre envió por
Bernabé y Saulo, deseando tener conocimiento de
la palabra de Dios.

8 Pero Elimas, el mago (porque ese es el sen-
tido de su nombre), se puso contra ellos, con el
propósito de apartar al gobernante de la fe.

9 Pero Saulo, cuyo otro nombre es Pablo, lleno
del Espíritu Santo, mirándole con dureza, dijo:

10 ¡Oh tú, que estás lleno de engaños y maldad,
un hijo del diablo, que odia todo lo bueno, ¿por
siempre estarás desviando a las personas de los
caminos correctos del Señor?

11 Y ahora, mira, la mano del Señor está contra
ti, y estarás ciego y no podrás ver el sol por un
tiempo. Y de inmediato, una bruma oscura cayó
sobre él; y buscó a alguien que lo llevara de la
mano porque estaba ciego.

12 Entonces el gobernante, cuando vio lo que se
hizo, creyó, maravillándose ante la enseñanza del
Señor.

13 Entonces Pablo y los que estaban con él
partieron en barco desde Pafos, y vinieron a
Perge, en Panfilia; y allí Juan se apartó de ellos y
regresó a Jerusalén.

14 Pero ellos, pasando por Perga, vinieron a
Antioquía en Pisidia; y entraron en la sinagoga en
sábado y se sentaron.
15 Y después de la lectura de la ley y de los
profetas, los príncipes de la sinagoga enviaron a
ellos, diciendo: Hermanos, si tienen una palabra
de consuelo para la gente, hablen.
16 Entonces Pablo, levantándose y haciendo una
señal con su mano, dijo: Varones de Israel, y
ustedes que temen a Dios, escuchen.
17 El Dios de este pueblo Israel hizo la selec-
ción de nuestros padres, levantando a la gente de
su condición baja cuando vivían en la tierra de
Egipto, y con un brazo fuerte los sacó de ella.
18 Y por cerca de cuarenta años aguantó su con-
ducta en el desierto.
19 Y habiendo destruido siete naciones en la
tierra de Canaán, les dio la tierra por su heredad
por alrededor de cuatrocientos cincuenta años.
20 Después de estas cosas, les dio jueces, hasta el
tiempo del profeta Samuel.
21 Entonces, a petición de ellos, Dios les dio
a Saúl, hijo de Cis, un hombre de la familia de
Benjamín, que fue su rey durante cuarenta años.
22 Más tarde Dios quitó de su puesto a Saúl, puso
por rey a David, al cual dio testimonio, diciendo:
Tomaré a David, hijo de Isaí, un hombre querido
de mi corazón, que hará todo lo que me place.
23 De la simiente de este hombre, Dios le dio a
Israel un Salvador, Jesús, al dar su palabra;
24 Por cuya venida Juan preparó el camino al
predicar a todo el pueblo de Israel el bautismo de
arrepentimiento.

25 Y cuando Juan estaba terminando su trabajo,
dijo: ¿Quien piensan que soy? Yo no soy él; pero
uno viene detrás de mí, cuyos zapatos no soy digno
para desatar sus sandalias.
26 Hermanos míos, hijos de la familia de Abra-
ham, y todos aquellos que tienen temor de Dios,
a nosotros se ha enviado la palabra de esta sal-
vación.
27 Porque los hombres de Jerusalén y sus gober-
nantes, que no tenían conocimiento de él, ni de las
palabras de los profetas que les llegaban a oídos el
día de reposo, les dieron efecto al juzgarlo.
28 Y aunque no se vio en él causa de muerte, le
pidieron a Pilato que lo matara.
29 Y cuando hubieron hecho todo lo que se
dice en las Escrituras acerca de él, lo bajaron del
madero y lo enterraron.
30 Pero Dios lo levantó de entre los muertos.
31 Y por varios días fue visto por los que habían
venido con él desde Galilea a Jerusalén, quienes
ahora son sus testigos delante del pueblo.
32 Y les damos las buenas noticias de la promesa,
hecha a nuestros padres,
33 Que Dios ha cumplido a ellos, para nuestros
hijos, al enviar a Jesús; como dice en el segundo
Salmo, Tú eres mi Hijo; este día te he engendrado.
34 Dios ya había anunciado que lo resucitaría,
para nunca más volver a la corrupción, él ha dicho
estas palabras: Te daré las misericordias santas y
ciertas de David.
35 Porque él dice en otro Salmo, no dejarás que
tu Santo vea la corrupción.

36 Y David, habiendo hecho la obra de Dios para
su generación, se durmió, y fue puesto con sus
padres, y su cuerpo se descompuso.
37 Pero él, que fue levantado por Dios, no vio la
corrupción.
38 Así que, les ruego, hermanos, que por este
hombre se les anuncia el perdón de los pecados:
39 Y por medio de él todo el que cree queda libre
de todas esas cosas, de las cuales la ley de Moisés
no pudieron ser justificados.
40 Así que ten cuidado de que estas palabras de
los profetas no se hagan realidad para ti;
41 Miren, ustedes que desprecian, asombrense y
desaparezcan; porque haré una cosa en sus días
a la cual no las creerían, incluso si alguien les
contara.
42 Y cuando salieron, pidieron que se les dijera
estas palabras otra vez en el siguiente sábado el día
de reposo.
43 Cuando terminó la reunión, varios judíos y
los gentiles temerosos de Dios que se habían con-
vertido en judíos fueron tras Pablo y Bernabé,
quienes hablándoles, les persuadieron qué impor-
tante era seguir en la gracia de Dios.
44 Y en el sábado siguiente, casi toda la ciudad se
unió para escuchar la palabra de Dios.
45 Pero cuando los judíos vieron tanta gente, se
llenaron de envidia y contradecían y blasfemaban
en contra de la predicación de Pablo.
46 Entonces Pablo y Bernabé, sin temor, dijeron:
Era necesario que la palabra de Dios les fuera
dada primero, ustedes que son judíos; pero debido
a que ustedes lo rechazan, y no se consideran

dignos de la vida eterna, ahora se le ofrecerá a los gentiles.

47 Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he dado por luz a los gentiles, para que seas para salvación hasta lo último de la tierra.

48 Y los gentiles, oyendo esto, se alegraron y glorificaron la palabra de Dios; y los escogidos por Dios para la vida eterna creyeron.

49 Y la palabra de Jehová se predicó por toda esa región.

50 Pero los judíos, instigaron a las mujeres temerosas y honorables de Dios y de los principales hombres de la ciudad, comenzaron un ataque contra Pablo y Bernabé, expulsandolos de esa región.

51 Pero ellos, sacudiendo el polvo de ese lugar de sus pies, vinieron a Iconio.

52 Y los discípulos estaban llenos de alegría y del Espíritu Santo.

14

1 Ahora en Iconio fueron juntos a la sinagoga de los judíos y dieron tal enseñanza que una gran cantidad de judíos y griegos creyeron.

2 Pero aquellos judíos que no creyeron, amargaron las mentes de los gentiles contra los hermanos.

3 Y se quedaron allí mucho tiempo, hablando con denuedo confiados en el Señor, que dio testimonio de la palabra de su gracia haciendo señales y maravillas con sus manos.

4 Pero hubo una división entre la gente del
pueblo; algunos estaban del lado de los judíos y
otros del lado de los apóstoles.
5 Y cuando los gentiles y los judíos, con sus gober-
nantes, hicieron un violento intento de atacarlos y
apedrearlos,
6 Se enteraron y huyeron a las ciudades de Li-
caonia, Listra y Derbe, y alrededor de esa región:
7 Y siguieron predicando las buenas nuevas allí.
8 Y en Lystra había un cierto hombre, que desde
su nacimiento había estado sin el uso de sus pies,
nunca había tenido el poder de caminar.
9 Este hombre estaba escuchando la predicación
de Pablo, quien mirándolo y viendo que tenía fe
para sanarse,
10 Dijo en voz alta: Levántate. Y, saltando, se fue
a caminar.
11 Y cuando la gente vio lo que Pablo había
hecho, dijeron en voz alta, en el lenguaje de Li-
caonia: Los dioses han descendido a nosotros en
forma de hombres.
12 Y dieron el nombre de Júpiter a Bernabé, y a
Pablo el de Mercurio, porque él era el principal
orador.
13 Y el sacerdote de la imagen de Júpiter que
estaba delante de la ciudad, tomó bueyes y flores
a las puertas de la ciudad, y estaba por hacer una
ofrenda con el pueblo.
14 Pero cuando esto llegó a los oídos de los
apóstoles, Pablo y Bernabé, se fueron corriendo
entre el pueblo, se despojaron de sus vestidos y
clamaron:

15 Señores porque hacen esto? ¿por qué haces
estas cosas? Somos hombres con los mismos
sentimientos que ustedes, y les damos las buenas
noticias para que puedas ser apartados de estas
tonterías ante el Dios viviente, que hizo el cielo y
la tierra y el mar y todas las cosas en ellos;
16 ¿Quién en el pasado permitió que todas las na-
ciones siguieran el camino que les parecía bueno?
17 Pero él no fue sin testimonio, porque él hizo el
bien, y le dio lluvia del cielo y tiempos fructíferos,
llenando de sustento alimento y alegría nuestros
corazones.
18 Y aun con estas palabras, les resultaba difícil
evitar que la gente les hiciera una ofrenda.
19 Pero algunos judíos llegaron a ese lugar desde
Antioquía e Iconio, y obtuvieron el control de la
gente; y después de apedrear a Paulo, lo sacaron
de la ciudad y lo dejaron casi muerto.
20 Pero cuando los discípulos lo rodearon, él se
levantó y se fue a la ciudad; y el día después se fue
con Bernabé a Derbe.
21 Y habiendo hecho muchos discípulos por la
predicación de las buenas nuevas en aquella ciu-
dad, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía,
22 En estos lugares animaron a los creyentes los
nuevos discípulos, diciéndoles que debían guardar
la fe, y que tenemos que pasar por problemas de
todo tipo para entrar en el reino de Dios.
23 También nombraron ancianos en cada igle-
sia, y después de orar y ayunar, los pusieron al
cuidado del Señor, en quien habían creído.
24 Pasaron por Pisidia y llegaron a Panfilia.

25 Y después de predicar la palabra en Perge,
descendieron a Atalia;
26 Y desde allí fueron en barco a Antioquía,
desde donde habían sido entregados a la gracia de
Dios por la obra que habían cumplido.
27 Y cuando llegaron allí, y juntaron a la iglesia,
les contaron todo lo que Dios había hecho por
medio de ellos, y cómo había abierto la puerta de
la fe a los gentiles.
28 Y estuvieron con los discípulos allí por mucho
tiempo.

15

1 Y algunos hombres descendieron de Judea,
enseñando a los hermanos: y diciendo que sin
circuncisión, conforme al rito de Moisés, no hay
salvación.
2 Y después de que Pablo y Bernabé tuvieron
una fuerte discusión con ellos, los hermanos
tomaron la decisión de enviar a Pablo y Bernabé
y algunos otros de ellos, a los Apóstoles y a los
gobernantes de la iglesia en Jerusalén acerca de
esta cuestión.
3 Y ellos, siendo enviados en su camino por
la iglesia, pasaron por Fenicia y Samaria, dando
noticias de la salvación de los gentiles, para gran
gozo de todos los hermanos.
4 Y cuando llegaron a Jerusalén, tuvieron una re-
unión con la iglesia y los apóstoles y los principales,
y dieron cuenta de todas las cosas que Dios había
hecho por medio de ellos.

5 Pero algunos de los fariseos, que eran de la fe,
se levantaron y dijeron: Es necesario que estos
tengan la circuncisión y guarden la ley de Moisés.
6 Y los apóstoles y los ancianos de la iglesia se
unieron y pensaron en la pregunta.
7 Y cuando hubo mucha discusión, Pedro se
levantó y les dijo: “Hermanos míos, saben que
hace algún tiempo Dios escogió que por mi boca se
dieran las buenas nuevas a los gentiles y creyesen.
8 Y Dios, que conoce los corazones, mostró que
los aceptaba, dándoles el Espíritu Santo tal como
nos lo hizo a nosotros;
9 No haciendo división entre ellos y nosotros,
purificando sus corazones por medio de la fe.
10 ¿Por qué, pues, estás poniendo a prueba a
Dios, poniendo yugo a los discípulos, un yugo tan
fuerte que ni siquiera nuestros padres o nosotros
hemos podido llevar ?
11 Pero creemos en que obtendremos la sal-
vación por la gracia del Señor Jesús de la misma
manera que ellos.
12 Y todo el pueblo estuvo en silencio, mientras
que Bernabé y Pablo dieron cuenta de las señales y
prodigios que Dios había hecho entre los gentiles
por medio de ellos.
13 Y cuando hubieron llegado a su fin, Santiago,
respondiendo, dijo: Hermanos míos, escúchenme:
14 Simon dio cuenta de cómo Dios primero
se complació en tomar de entre los gentiles un
pueblo para sí mismo.
15 Y esto está de acuerdo con las palabras de los
profetas, como se dice:

16 Después de estas cosas volveré, y levantaré la
tienda de David que fue destruida; repararé sus
ruinas y lo volveré a levantar:
17 Para que el resto de los hombres busquen al
Señor, y todos los gentiles que han sido consagra-
dos a mi nombre,
18 Dice el Señor, que hace conocer todas estas
cosas de tiempos antiguos, ha dado su palabra.
19 Por esta razón, mi decisión es que no se les
debe imponer cargas innecesaria a aquellos que,
no siendo judíos, dejan sus antiguas creencias
para seguir a Dios.
20 Sino que les damos órdenes de que se guarden
de las cosas ofrecidas a los dioses falsos, y de la
fornicación, de los animaless muertos enos, y de
la sangre
21 Porque Moisés, desde tiempos muy lejanos,
tiene sus predicadores en cada ciudad, leyendo su
ley en las sinagogas todos los sábados.
22 Entonces pareció bueno a los Apóstoles y a los
ancianos y a toda la iglesia, enviar hombres de en
medio de ellos a Antioquía con Pablo y Bernabé;
Judas, llamado Barsabás, y Silas, hombres de im-
portancia entre los hermanos.
23 Y enviaron una carta junto a ellos, diciendo:
Los Apóstoles, los ancianos, los hermanos, a los
hermanos que son de los gentiles en Antioquía,
Siria y Cilicia, Salud.
24 Porque tenemos conocimiento de que al-
gunos que se apartaron de nosotros les han estado
molestando con sus palabras, poniendo sus almas
en duda; a quien no dimos tal orden;

25 Nos pareció bien, habiendo llegado a un
acuerdo juntos, enviar a estos hombres a ustedes,
con nuestros queridos Bernabé y Pablo,
26 hombres que han entregado sus vidas por el
nombre de nuestro Señor Jesucristo.
27 Así que hemos enviado a Judas y a Silas,
ellos hablarán personalmente con ustedes para
explicarles todo.
28 Porque le pareció bien al Espíritu Santo, y a
nosotros, no poner sobre ustedes nada más que
estas cosas necesarias;
29 Que se abstengan de las cosas ofrecidas a los
dioses falsos, y de la sangre, no coman carne de
animales estrangulados, de fornicación; eviten la
inmoralidad sexual; si se abstienen de esto, lo
harán bien. Que les vaya bien.
30 Entonces ellos, siendo enviados,
descendieron a Antioquía, y habiendo reunido
al pueblo, les dieron la carta.
31 Y después de leerlo, se alegraron por la conso-
lación que les daban.
32 Y Judas y Silas, que eran ellos mismos pro-
fetas, dieron enseñanza a los hermanos y los for-
talecieron en la fe.
33 Y cuando estuvieron allí algún tiempo, los
hermanos los enviaron en paz a aquellos que los
habían enviado.
34 Mas a Silas le pareció bien quedarse ahí,
35 Pero Pablo y Bernabé continuaron en Antio-
quía, enseñando y predicando la palabra de Dios,
con algunos otros.
36 Y después de algunos días, Pablo le dijo a
Bernabé: Volvamos y veamos a los hermanos en

cada pueblo donde hemos dado la palabra de Dios,
y veamos cómo están.
37 Y Bernabé tuvo el deseo de llevarse consigo a
Juan, llamado Marcos.
38 Pero Pablo opinaba que no era correcto llevar
consigo a uno que se había alejado de ellos en
Panfilia, y que no había continuado con el trabajo.
39 Y hubo una aguda discusión entre ellos, de
modo que se separaron unos de otros, y Bernabé
se llevó a Marcos consigo y se fue en barco a
Chipre;
40 Pero Pablo tomó a Silas y se fue con la bendi-
ción de los hermanos.
41 Y pasó por Siria y Cilicia, fortaleciendo las
iglesias en la fe.

16

1 Y vino a Derbe y a Listra; y había allí un
discípulo llamado Timoteo, hijo de madre judía
creyente, pero su padre era griego;
2 De quienes los hermanos de Listra e Iconio
tenían una alta opinión.
3 Pablo deseaba que fuera con él; y le dio la
circuncisión por causa de los judíos que estaban
en esos lugares; porque todos sabían que su padre
era griego.
4 Y en su camino por las ciudades, les daban las
reglas que habían sido hechas por los apóstoles y
los ancianos de la iglesia en Jerusalén, para que las
guardase.
5 Así que las iglesias se hicieron fuertes en la fe
y aumentaron en número cada día.

6 Y después que pasaron por la tierra de Frigia y
Galacia, el Espíritu Santo no les permitió llevar la
palabra a Asia;
7 Y viniendo a Misia, hicieron un intento de ir a
Bitinia, pero el Espíritu no los dejó;
8 Y pasando a Misia, vinieron a Troas.
9 Y Pablo tuvo una visión en la noche; Un hom-
bre de Macedonia vino a pedirle y le dijo: «Pasa a
Macedonia y ayúdanos».
10 Y cuando vio la visión, de inmediato tomamos
la decisión de ir a Macedonia, porque nos parecía
cierto que Dios nos había enviado para darles las
buenas nuevas.
11 De Troas, pues, fuimos directos en barco a
Samotracia, y al día siguiente a Neápolis;
12 Y de allí a Filipos, que es la ciudad más im-
portante de Macedonia y una colonia romana: y
estuvimos allí por algunos días.
13 Y en el día de reposo salimos de la ciudad,
junto al río, donde teníamos la idea de que habría
un lugar de oración; y, al estar sentados, tuvimos
una conversación con las mujeres que se habían
reunido.
14 Y una mujer llamada Lidia, comerciante
vestida de púrpura de la ciudad de Tiatira, y una
mujer temerosa de Dios, nos prestó oído; cuyo
corazón el Señor abrió para prestar atención a las
cosas que Pablo estaba diciendo.
15 Y cuando ella y su familia tuvieron el
bautismo, ella nos rogó, diciendo: Si te parece
que soy fiel al Señor, entra en mi casa y sé mi
huésped. Y ella nos obligó a quedarnos.

16 Y cuando íbamos al lugar de oración, nos en-
contramos con una niña con un espíritu de adiv-
inación, la cual daba gran ganancia adivinando.
17 Ella vino en pos de Pablo y de nosotros, dando
voces y diciendo: Estos hombres son siervos del
Dios Altísimo, que les anuncian el camino de la
salvación.
18 Y esto lo hizo en un número de días. Pero Pablo
se turbó mucho y, volviéndose, le dijo al espíritu:
Te ordeno en el nombre de Jesucristo que salga de
ella. Y salió esa misma hora.
19 Pero cuando sus amos vieron que su esper-
anza de ganancia había desaparecido, tomaron a
Pablo y a Silas, y los arrastraron a la plaza del
mercado delante de los gobernantes;
20 Y cuando los tomaron delante de las autori-
dades, dijeron: Estos hombres, que son judíos,
están perturbando mucho a nuestra ciudad;
21 Enseñan reglas de vida que no nos es lícito
recibir o hacer, siendo Romanos.
22 Y el pueblo los atacó a todos, y las autoridades
se quitaron sus ropas y ordenaron que los azo-
tarán.
23 Y cuando les dieron un gran número de
golpes, los metieron en la cárcel, dando órdenes
al guardián de la prisión que los vigilara con el
mayor cuidado:
24 Y él, teniendo tales órdenes, los metió en la
prisión interior con cadenas en su pies.
25 Pero hacia la mitad de la noche, Pablo y Silas
estaban haciendo oraciones y cánticos a Dios ante
los prisioneros;

26 Y de repente hubo una conmoción, de modo
que la base de la prisión tembló; y todas las puer-
tas se abrieron, y se soltaron las cadenas de todos.
27 Y el guardián, saliendo de su sueño, y viendo
las puertas de la prisión abiertas, tomó su espada
y estaba a punto de suicidarse, temiendo que los
prisioneros se hubieran escapado.
28 Pero Pablo dijo en voz alta: No te hagas daño,
porque todos estamos aquí.
29 Y envió a buscar luces y entró corriendo, y
temblando de miedo, se postró sobre su rostro
delante de Pablo y Silas.
30 Y los sacaron y dijeron: Señores, ¿qué tengo
que hacer para obtener la salvación?
31 Y ellos dijeron: Ten fe en el Señor Jesús, y tú y
tu familia tendrán salvación.
32 Y le dieron la palabra del Señor a él y a todos
los que estaban en su casa.
33 Y esa misma hora de la noche, él los tomó, y
cuando él había prestado atención a sus heridas,
él y toda su familia se bautizaron enseguida.
34 Y los llevó a su casa y les dio de comer, y
se llenó de gozo, creyeron en Dios con toda su
familia.
35 Pero cuando fue de día, las autoridades en-
viaron a la policía, diciendo: Dejen ir a estos
hombres.
36 Y el dueño dijo a Pablo: Las autoridades
dieron orden de dejarte ir; sal ahora, y ve en paz.
37 Pero Pablo les dijo: Nos han dado a nosotros,
los romanos, azotes públicos sin juzgarnos, y nos
han metido en la cárcel. ¿Nos enviarán ahora en

secreto? no, en verdad, que vengan ellos mismos
y nos saquen.
38 Y la policía dio cuenta de estas palabras a las
autoridades, y estaban llenos de temor al oír que
eran romanos;
39 Entonces vinieron y les rogaron, pidiéndoles,
cuando los habían sacado, que se fueran del
pueblo.
40 Y salidos de la cárcel, fueron a la casa de
Lidia, y cuando vieron a los hermanos, les dieron
consuelo y se fueron.

17

1 Cuando pasaron por Anfípolis y Apolonia, lle-
garon a Tesalónica, donde había una sinagoga de
los judíos.
2 Y Pablo, como solía hacerlo, entró a ellos, y en
tres días de reposo tuvo conversaciones con ellos
de parte de las santas Escrituras,
3 Diciéndoles clara y abiertamente que Cristo
tuvo que morir y resucitar de los muertos; y que
este Jesús, a quien, les estoy predicando, es el
Cristo.
4 Y algunos de ellos tenían fe, y se unieron a
Pablo y Silas; y una cantidad de griegos temerosos
de Dios y algunas de las principales mujeres.
5 Pero los judíos, movidos por la envidia, lle-
varon consigo a algunas personas humildes de
entre la gente común, y reuniendo a un gran
número de personas, hicieron una protesta en la
ciudad, atacando la casa de Jasón con el propósito
de sacarlos a la gente.

6 Y como no pudieron alcanzarlos, tomaron por
la fuerza a Jasón y algunos de los hermanos, a los
príncipes de la ciudad, y gritaron: Estos hombres,
que han causado problemas en todo el mundo,
han venido ahora aquí;
7 A quienes tomó Jasón en su casa; y están ac-
tuando contra las órdenes de César, diciendo que
hay otro rey, que es Jesús.
8 Oyendo estas cosas, el pueblo y los príncipes de
la ciudad se turbaron.
9 Y habiendo hecho que Jasón y los demás dieron
una fianza,y los dejaron ir.
10 Y los hermanos enseguida enviaron a Pablo y
a Silas de noche a Berea; y ellos, cuando llegaron,
fueron a la sinagoga de los judíos.
11 Ahora bien, estos eran más nobles que los
judíos de Tesalónica, porque prestaron seria aten-
ción a la palabra, buscando en las Sagradas Escri-
turas todos los días, para ver si estas cosas eran así.
12 Y muchos de ellos creyeron, tanto mujeres
griegas de alto rango como hombres.
13 Pero cuando los judíos de Tesalónica tuvieron
noticias de que Pablo estaba predicando la pal-
abra en Berea, vinieron allí, y alborotaron a la
gente.
14 Entonces los hermanos enviaron a Pablo
directamente al mar; pero Silas y Timoteo se
quedaron allí.
15 Pero los que fueron con Pablo lo llevaron
hasta Atenas; y habiendo recibido órdenes para
Silas y Timoteo, de que viniesen a él lo más pronto
posible.

16 Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su
espíritu se turbó, porque él veía toda la ciudad
llena de imágenes de los dioses.
17 Así que tuvo discusiones en la sinagoga con
los judíos y los gentiles temerosos de Dios, y todos
los días en el mercado con los que estaban allí.
18 Y algunos de los partidarios de las teorías de
los epicúreos y los estoicos se reunieron con él. Y
algunos dijeron: ¿De qué habla este charlatan? Y
otros, parece ser un predicador de dioses extran-
jeros: porque él estaba predicando acerca de Jesús
y su resurrección.
19 Y lo llevaron al Areópago, diciendo: ¿Podrías
aclararnos cuál es esta nueva enseñanza tuya?
20 Porque parece que nos dicen cosas extrañas, y
tenemos el deseo de entenderlas.
21 (Ahora todos los atenienses y los hombres
de otras tierras que vienen allí dedican todo su
tiempo a hablar o escuchar algo nuevo).
22 Y Pablo se puso de pie en el Areópago y dijo:
¡Oh, hombres de Atenas, veo que ustedes son de-
masiado religiosos!
23 Porque cuando pasé, estaba mirando las
cosas a las que alabas, y vi un altar con esta escrit-
ura en él, PARA ÉL DIOS NO CONOCIDO. Ahora, lo
que ustedes, sin conocimiento, rinden culto, yo les
hablo.
24 El Dios que hizo la tierra y todo lo que en ella
hay, él, que es Señor del cielo y de la tierra, no está
en edificios hechos con manos;
25 Y no depende del trabajo de las manos de
los hombres, como si tuviera necesidad de algo,

porque él mismo da a todos la vida y el aliento y
todas las cosas;
26 Y él ha hecho de una sangre todas las naciones
de hombres que viven en toda la faz de la tierra,
ordenando sus tiempos y él lugar en que deben de
vivir,
27 para que puedan buscar a Dios, si en alguna
manera, palpando, puedan hallarle, aunque él no
está lejos de cada uno de nosotros:
28 Porque en él tenemos vida, movimiento y ex-
istencia; como algunos de sus escritores de versos
han dicho, porque somos su descendencia.
29 Si entonces somos descendientes de Dios, no
es correcto que tengamos la idea de que Dios es
como oro, plata o piedra, formado por el arte o el
diseño del hombre.
30 Aquellos tiempos en que los hombres no
tenían conocimiento fueron pasados por alto por
Dios; pero ahora da órdenes a todos los hombres
en cada lugar para experimentar un cambio de
corazón:
31 Porque se ha fijado un día en el que todo el
mundo será juzgado en justicia, por el hombre
que ha sido marcado por él para esta obra; de
lo cual ha dado una prueba a todos los hombres
cuando lo resucitó.
32 Al escuchar sobre la resurrección, algunos de
ellos se burlaban, pero otros dijeron: Vamos a
profundizar más en esto en otro momento.
33 Entonces Pablo se fue de entre ellos.
34 Pero algunos hombres le dieron su apoyo:
entre los cuales estaba Dionisio el Areopagita, y
una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos.

18

1 Después de estas cosas, se fue de Atenas y vino
a Corinto.
2 Y allí se encontró con un cierto judío llamado
Aquila, un hombre de Ponto de nacimiento, que
no mucho antes había venido de Italia con su es-
posa Priscila, porque Claudio había dado órdenes
de que todos los judíos se fueran de Roma: y vino
a ellos.
3 Y como era del mismo oficio, vivía con ellos, y
ellos hicieron su trabajo juntos; porque de oficio
eran fabricantes de tiendas.
4 Y todos los sábados tenía discusiones en la sina-
goga, convirtiendo judíos y griegos a la fe.
5 Y cuando Silas y Timoteo descendieron de
Macedonia, Pablo fue completamente entregado
a la palabra, predicando a los judíos que el Cristo
era Jesús.
6 Pero oponiéndose y blasfemando éstos, dijo,
meneando sus vestidos, su sangre está sobre sus
cabezas, limpio estoy; de ahora en adelante iré a
los gentiles.
7 Y saliendo de allí, entró en la casa de un hom-
bre llamado Justo, un hombre temeroso de Dios,
cuya casa estaba muy cerca de la sinagoga.
8 Y Crispo, el principal de la sinagoga, con toda
su familia, tenía fe en el Señor; y un gran número
de la gente de Corinto, al escuchar la palabra,
creyeron y fueron bautizados.
9 Y el Señor dijo a Pablo en la noche, en visión:
No temas y sigue predicando:

10 Porque yo estoy contigo, y nadie te atacará
para hacerte daño; porque tengo un número de
personas en esta ciudad.
11 Y estuvo allí por un año y seis meses, en-
señando la palabra de Dios entre ellos.
12 Pero cuando Galión era gobernador de Acaya,
todos los judíos juntos atacaron a Pablo y lo lle-
varon al asiento del juez,
13 diciendo: Este hombre está enseñando al
pueblo a adorar a Dios de una manera contraria
a la ley.
14 Pero cuando Pablo estaba a punto de decir
algo, Galion le dijo a los judíos: si esto tenía que ver
con la maldad o el crimen, habría una razón para
que yo les diera una audiencia:
15 Pero si es una cuestión de palabras o nombres
o de su ley, véanse ustedes mismos; No seré un juez
de tales cosas.
16 Y los echó del tribunal.
17 Y todos ellos atacaron a Sóstenes, principal de
la sinagoga, y le propinaron golpes delante del
trono del juez; pero Galión no le prestó atención
a estas cosas.
18 Y Pablo, después de esperar algunos días, se
fue de los hermanos y se fue en barco a Siria,
estando Priscila y Aquila con él; y se había cor-
tado el pelo en Cencrea, porque había hecho una
promesa.
19 Y descendieron a Éfeso, y él los dejó allí; y él
mismo fue a la sinagoga y tuvo una conversación
con los judíos.
20 Y cuando le pidieron que estuvieran allí por
un tiempo más largo, él dijo: No;

21 Y se fue de ellos, diciendo: Volveré a ustedes
si Dios me deja; y él tomó el barco de Éfeso.
22 Y cuando llegó a la tierra en Cesarea, fue a ver
la iglesia, y luego descendió a Antioquía.
23 Y habiendo estado allí por algún tiempo, él
pasó por el país de Galacia y Frigia en orden,
haciendo a los discípulos fuertes en la fe.
24 Entonces un cierto judío llamado Apolos, un
alejandrino de nacimiento, y un hombre de cien-
cia, vino a Efeso; y él tenía un gran conocimiento
de las Sagradas Escrituras.
25 Este hombre había sido entrenado en el
camino del Señor; y ardiendo en espíritu, se en-
tregó a enseñar con mucho entusiasmo los hechos
acerca de Jesús, aunque sólo tenía conocimiento
del bautismo de Juan
26 y estaba predicando en la sinagoga sin temor.
Pero Priscila y Aquila, al escuchar sus palabras, lo
llevaron aparte y le dieron enseñanzas más com-
pletas sobre el camino de Dios.
27 Y cuando tenía el deseo de ir a Acaya, los
hermanos le animaron, y enviaron cartas a los
discípulos pidiéndoles que lo recibiesen; y cuando
llego allá fue de gran provecho, a los que por la
gracia habían creído.
28 Porque él venció a los judíos en la discusión
pública, basándose en las Sagradas Escrituras que
el Cristo era Jesús.

19

1 Y aconteció que mientras Apolos estaba en
Corinto, Pablo, habiendo atravesado la región más
alta, vino a Efeso, donde había ciertos discípulos:

2 Y les dijo: ¿Obtuvieron el Espíritu Santo cuando
tuvieron fe? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos
oído que hay del Espíritu Santo.
3 Y él dijo: ¿Qué tipo de bautismo tuviste? Y ellos
dijeron: El bautismo de Juan.
4 Y Pablo dijo: Juan bautizó,con un bautismo
de arrepentimiento, diciendo a las personas que
creyesen en el que venía detrás de él, es decir, en
Jesús el cristo.
5 Y al oír esto, tuvieron el bautismo en el nombre
del Señor Jesús.
6 Y cuando Pablo les impuso las manos, el
Espíritu Santo vino sobre ellos; y tenían el poder
de hablar en lenguas y actuar como profetas.
7 Y había como doce de estos hombres.
8 Y entró en la sinagoga, y estuvo allí tres meses
predicando sin temor, razonando y enseñando ac-
erca del reino de Dios.
9 Pero debido a que algunas personas eran
duras de corazón y no oían, maldecían y hablaban
mal del nuevo Camino ante la gente, él se alejó
de ellos, y mantenía a los discípulos separados,
razonando todos los días en la escuela de Tiranno.
10 Y esto continuó por dos años, de modo que
todos los que vivían en Asia tenían conocimiento
de la palabra del Señor, griegos y judíos.
11 Y Dios hizo milagros extraordinarios por
medio de Pablo:
12 De modo que se llevaron vestimentas y vesti-
dos de su cuerpo a personas que estaban enfer-
mas, y sus enfermedades se iban de ellos y los
espíritus malos salían.

13 Pero algunos de los judíos que iban de un
lugar a otro expulsando a los espíritus malignos, se
valieron de sí mismos para hacer uso del nombre
del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus ma-
lignos, diciendo: Te doy órdenes, por Jesús, a quien
Pablo está predicando.
14 Y había siete hijos de un hombre llamado
Esceva, un judío y un sacerdote principal, que
hicieron esto.
15 Y respondiendo el espíritu malo, les dijo: Yo
tengo conocimiento de Jesús, y de Pablo, pero
¿quién eres tú?
16 Y el hombre en quien estaba el espíritu malo,
saltando sobre ellos, era más fuerte que ellos dos,
y los venció, y salieron corriendo de aquella casa,
heridos y sin sus ropas.
17 Y esto llegó a oídos de todos aquellos, judíos y
griegos, que vivían en Efeso; y el temor vino sobre
todos ellos, y el nombre del Señor Jesús se hizo
grande.
18 Y algunos de los que tenían fe vinieron e
hicieron una declaración pública de sus pecados y
de todos sus actos.
19 Y un gran número de aquellos que eran exper-
tos en la magia tomaron sus libros y los pusieron
en el fuego delante de todos: y cuando los libros
fueron valorados, llegaron a cincuenta mil peda-
zos de plata.
20 Así que la palabra del Señor se incrementó en
gran manera y demostrando su poder.
21 Una vez que estas cosas terminaron, Pablo
tomó la decisión guiado por el espíritu Santo de
que cuando atravesara Macedonia y Acaya iría a

Jerusalén, y le dijo: Después de haber estado allí,
deseo ver Roma.
22 Y habiendo enviado dos de sus ayudantes,
Timoteo y Erasto, a Macedonia, él mismo siguió
viviendo en Asia por un tiempo.
23 Y en ese momento se produjo una gran
protesta acerca del Nuevo Camino.
24 Porque había un hombre llamado Demetrio,
un trabajador de la plata, que hizo cajas de plata
para las imágenes de Diana, y daba mucha ganan-
cia a los obreros que trabajaban con el;
25 A quien se unió, con otros obreros del mismo
oficio, y les dijo: Hombres, está claro que de este
negocio obtenemos nuestra riqueza.
26 Pero como ven y oyen, que no solo en Éfeso,
sino casi en toda Asia, este Pablo ha estado en-
señando y convenciendo a muchas personas, di-
ciendo que esos no son dioses que están hechos
por manos de hombres :
27 Y es muy peligroso, no solo de que nuestro
oficio se desacredite en la opinión de los hombres,
sino que el lugar sagrado de la gran diosa Diana
ya no sea honrado, y aquella a quien toda Asia y
el mundo adoran, será relegado desde su posición
más alta.
28 Al oír esto, se enojaron mucho, gritando y
diciendo: ¡Grande es Diana de Éfeso!
29 Y la ciudad estaba llena de ruido y confu-
sion, y todos ellos entraron corriendo en el teatro,
tomando por la fuerza a Gayo y Aristarco, hom-
bres de Macedonia que viajaban en compañía de
Pablo.

30 Y cuando Pablo estaba por entrar al pueblo,
los discípulos no se lo permitieron.
31 Y algunos de los gobernantes de Asia, siendo
sus amigos, le enviaron, pidiéndole seriamente
que no se pusiera en peligro al ir al teatro.
32 Y algunos dijeron una cosa, y otra cosa:
porque no había orden en la reunión; y la may-
oría de ellos no tenían idea de por qué se habían
reunido.
33 Entonces sacaron a Alejandro de entre la
gente, y los judíos lo presentaron. Y Alejandro,
haciendo una señal con su mano, estaba a punto
de hacer una declaración a la gente en respuesta:
34 Pero cuando vieron que él era judío, todos
ellos con una sola voz siguieron clamando por
cerca de dos horas, Grande es Diana de Efeso.
35 Y cuando el secretario en jefe hizo callar a la
gente, dijo: Hombres de Efeso, ¿hay algún hombre
sin conocimiento de que la ciudad de Efeso es el
guardián del lugar santo de la gran Diana, que fue
enviada desde Júpiter?
36 Entonces, como estas cosas no pueden ser
puestas en duda, sería mejor que te callaras y no
hicieras nada imprudente.
37 Porque has tomado a estos hombres, que no
están haciendo daño al lugar santo ni hablando en
contra de nuestra diosa.
38 Si, entonces, Demetrio y los obreros que están
con él protestan contra un hombre, la ley está
abierta a ellos, y hay jueces; que reclamen ante las
autoridades y que cada uno defienda su derecho.
39 Pero si se cuestiona cualquier otro asunto,
deberá tratarse en una reunión legal.

40 Porque, verdaderamente, corremos el peligro
de que nos hagan responsables de los problemas
de este día, ya que no hay motivo para ello: y no
podemos dar ninguna explicación de lo que paso
hoy.
41 Y cuando hubo dicho esto, envió la reunión
fuera.

20

1 Y Después que el ruido había llegado a su fin,
Pablo, se despidió de los discípulos y les abrazo y
exhortó, y salió a Macedonia.
2 Y cuando recorrió todos esos lugares, les dio
mucha enseñanza y exhortó, y vino a Grecia.
3 Y cuando estuvo allí tres meses, y cuando supo
que los judíos estaban haciendo planes contra él
cuando estaba a punto de tomar el barco para
Siria, tomó la decisión de regresar por Macedonia.
4 Y Sopater de Berea, hijo de Pirro, y Aristarco y
Segundo de Tesalónica, y Gayo de Derbe, y Timo-
teo, y Tíquico y Trófimo de Asia, fueron con él hasta
Asia.
5 Pero estos habían ido antes, y nos estaban
esperando en Troas.
6 Y nos fuimos de Filipos en barco después de los
días de los panes sin levadura, y vinimos a ellos a
Troas en cinco días; y estuvimos allí por siete días.
7 Y el primer día de la semana, cuando nos
habíamos reunido para la santa cena, Pablo les
dio una charla, porque su propósito era irse el día
después; y él continuó hablando hasta después de
la mitad de la noche.
8 Y había varias luces en la habitación donde nos
habíamos reunido.

9 Y un joven llamado Eutico, que estaba sentado
en la ventana, se durmió profundamente; y mien-
tras Pablo continuaba hablando, siendo vencido
por el sueño, tuvo una caída desde el tercer piso, y
fue llevado muerto.
10 Y descendió Pablo y, cayendo sobre él, lo tomó
en sus brazos y le dijo: No te preocupes, porque su
vida está en él.
11 Y cuando subió, y tomó el pan partido, les
habló por largo tiempo, hasta el amanecer, y luego
se fue.
12 Y llevaron al muchacho vivo, y fueron conso-
lados grandemente.
13 Pero nosotros, yendo delante de él en barco,
fuimos a Asón con el propósito de llevar a Pablo
allí; porque así había dado órdenes, porque él
mismo venía por tierra.
14 Y cuando subió con nosotros a Asón, lo
tomamos en el barco y nos dirigimos a Mitilene.
15 Y yendo de allí por mar, llegamos el día
después de Quio opuesto; desembarcamos en
Samos; hicimos escala en Trogilio, y el día después
de eso, llegamos a Mileto.
16 Porque el propósito de Pablo era pasar a Efeso,
para no retrasarse mucho en Asia; porque iba
rápido, y de ser posible, para estar en Jerusalén el
día de Pentecostés.
17 Y desde Mileto envió un mensaje a Efeso,
llamó a los ancianos de la iglesia.
18 Y cuando hubieron venido, les dijo: Ustedes
mismos han visto cómo era mi vida todo el tiempo
desde el día en que llegué a Asia,

19 haciendo el trabajo del Señor sin orgullo, a
través de toda tristeza y lágrimas, que vino sobre
mí a causa de los malvados planes de los judíos:
20 Y cómo no oculté nada que pudiera ser benefi-
cioso para ustedes, enseñándoles públicamente y en
privado,
21 Predicando a judíos y griegos la necesidad de
arrepentimiento para con Dios y fe en el Señor
Jesucristo.
22 Y ahora, como ven, voy a Jerusalén, prisionero
de espíritu, sin saber qué vendrá a mí allí:
23 Lo único que sé es que, el Espíritu Santo me
aclara de lo que me espera en cada ciudad la
prisión y tribulaciones.
24 Pero no valoro mi vida, aunque al final pueda
ver el trabajo completo que me dio el Señor Jesús,
ser testigo de las buenas nuevas de la gracia de
Dios.
25 Y ahora soy consciente de que ustedes, entre
quien he pasado predicando el reino de Dios, no
verán mi rostro otra vez.
26 Y así les digo hoy que no me siento culpable,
estoy limpio de la sangre de todos los hombres.
27 Porque no he ocultado de ustedes nada, siem-
pre les anuncie los planes y propósito de Dios.
28 Presten atención a sí mismos y por todo el
rebaño que el Espíritu Santo ha dado a su cuidado,
como pastores para que cuiden a la iglesia de Dios,
por la cual él ganó con su sangre.
29 Soy consciente de que después de que me
haya ido, los lobos malvados entrarán entre ust-
edes, haciendo daño al rebaño;

30 Y aun de entre ustedes vendrán hombres que
enseñarán mentiras, para que los creyentes los
sigan.
31 Así que velen, teniendo en mente que durante
tres años sin descansar les estaba enseñando a
cada uno de ustedes, día y noche, con llanto.
32 Y ahora, los entregó al cuidado de Dios y al
mensaje de su amor, que puede hacerlos fuertes
y crecer espiritualmente y darles herencia entre
todos los santos.
33 No he deseado la plata, el oro ni la ropa de
ningún hombre.
34 Ustedes mismos han visto que con estas
manos obtuve lo que era necesario para mí y para
los que estaban conmigo.
35 En todas las cosas yo fui un ejemplo para
ustedes de cómo, trabajando, deben ayudar a los
débiles, y recordar las palabras del Señor Jesús,
como él mismo dijo: Hay una bendición mayor en
dar que en recibir.
36 Y habiendo dicho estas palabras, se puso de
rodillas en oración con todos ellos.
37 Y todos lloraban, abrazando el cuello de Pablo
y lo besaban.
38 Más que nada triste porque les había dicho
que no volverían a ver su rostro. Y entonces
fueron con él al barco.

21

1 Y después de partir de ellos, salimos al mar y
fuimos directos a Cos, y el día después a Rodas, y
de allí a Pátara:
2 Y como había un barco que se dirigía a Fenicia,
nos embarcamos y zarpamos.

3 Cuando llegamos a la orilla de Chipre y
pasamos por nuestra izquierda, nos dirigimos a
Siria y desembarcamos en Tiro, porque había que
sacar los bienes que había en el barco.
4 Y al encontrarnos con los discípulos, estuvimos
allí por siete días; y dieron órdenes a Pablo por el
Espíritu de que no subieran a Jerusalén.
5 Y cuando estos días llegaron a su fin, continu-
amos nuestro viaje; y todos ellos, con sus esposas
e hijos, vinieron con nosotros en nuestro camino
hasta que estuvimos fuera de la ciudad: y después
nos arrodillamos en oración junto al mar,
6 Nos dijimos nuestras últimas palabras y nos
abrazamos unos a otros, y nos metimos en el
barco, y volvieron a sus casas.
7 Y viajando en barco desde Tiro, vinimos a
Tolemaida; y allí tuvimos una conversación con
los hermanos y estuvimos con ellos por un día.
8 Y al día siguiente, nos fuimos y llegamos a
Cesarea, donde fuimos invitados en la casa de
Felipe, el evangelista, que era uno de los siete
ayudantes de los apostoles.
9 Y tuvo cuatro hijas, vírgenes, que fueron profe-
tas.
10 Y mientras esperábamos allí algunos días,
un cierto profeta, llamado Agabo, descendió de
Judea.
11 Y vino a nosotros, y tomó el cinto de las ropas
de Pablo, y poniéndola alrededor de sus pies y
manos, dijo: El Espíritu Santo dice estas palabras:
así lo harán los Judíos al hombre que es el dueño
de este cinto, y lo entregarán en manos de los
gentiles.

12 Y oídas estas cosas, nosotros y los que
estábamos viviendo en aquel lugar le pedimos
que no vaya a Jerusalén.
13 Entonces Pablo dijo: ¿Qué están haciendo,
llorando e hiriendo mi corazón? porque estoy
listo, no solo para ser un prisionero, sino para ser
ejecutado en Jerusalén por el nombre del Señor
Jesús.
14 Y como no lo pudimos convencer, no volvimos
a hablar, diciendo: Hágase el propósito de Dios.
15 Y después de estos días nos preparamos y
subimos a Jerusalén.
16 Y algunos de los discípulos de Cesarea fueron
con nosotros, tomando a cierto Mnason de Chipre,
uno de los primeros discípulos, en cuya casa
vivíamos.
17 Y cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos
se complacieron en vernos.
18 Y al día siguiente, Pablo fue con nosotros a ver
Jacobo, y todos los ancianos de la iglesia estaban
presentes.
19 Y cuando hubo dicho cuánto se alegraba de
verlos, les dio un relato detallado de las cosas que
Dios había hecho a través de su ministerio entre
los gentiles.
20 Al oírlo, alabaron a Dios; y le dijeron: Ya ves,
hermano, cuántos millares hay entre los judíos,
que han creído; y todos tienen un gran respeto por
la ley:
21 y han tenido noticias de ustedes, cómo han es-
tado enseñando a todos los judíos entre los gentiles
a abandonar la ley de Moisés, y no a circuncidar a
sus hijos, y no mantener las viejas reglas de la Ley.

22 ¿Cuál es la posición? Sin duda recibirán noticias de que has venido.
23 Haz esto, entonces, que te decimos: Tenemos cuatro hombres que han hecho un voto de purificación;
24 Ve con ellos, y purifícate con ellos, y haz los pagos necesarios por ellos para que se rasuren la cabeza; y todos verán que las declaraciones hechas acerca de ti no son ciertas, sino al contrario tú también andas ordenadamente y obedeces la ley.
25 Pero en cuanto a los gentiles que han creído, enviamos una carta, dando nuestra decisión de que no coman carne de ofrendas hechas a dioses falsos, y de la sangre y de la carne de los animales muertos estrangulados y evitar la inmoralidad sexual.
26 Entonces Pablo tomó a los hombres, y al día siguiente, purificandose con ellos, entró al Templo, dando la declaración de que los días necesarios para limpiarlos estaban completos, hasta que la ofrenda fue hecha para cada uno de ellos.
27 Y cuando los siete días casi habían terminado, los judíos de Asia, al verlo en el Templo, juntaron al pueblo y le pusieron las manos encima.
28 Gritando, hombres de Israel, vengan en nuestra ayuda: este es el hombre que está enseñando a todos los hombres contra el pueblo, la ley y este lugar; y además, ha llevado a los griegos al Templo, y a profanado este lugar santo.
29 Porque lo habían visto antes en la ciudad con Trófimo de Éfeso, y tuvieron la idea de que Pablo lo había llevado consigo al Templo.

30 Y toda la ciudad se conmovió, y la gente se
acercó corriendo y le puso las manos encima a
Pablo, sacándolo del Templo; y entonces las puer-
tas se cerraron.
31 Y mientras intentaban matarlo, llegaron noti-
cias al jefe de la banda de que toda Jerusalén
estaba fuera de control.
32 Y luego tomó algunos hombres armados y
descendió rápidamente hacia ellos; y los judíos, al
verlos, no le dieron más golpes a Pablo.
33 Entonces el comandante se acercó y lo tomó, y
ordenó que lo encadenaran, preguntándole quién
era y qué había hecho.
34 Y algunos dijeron una cosa y otra cosa, entre
la gente: y como no pudo conocer los hechos
debido al ruido, ordenó que llevaran a Pablo al
edificio del ejército.
35 Y cuando él subió a las escaleras, fue levan-
tado por los hombres armados, debido a la fuerza
de la gente;
36 Porque una gran multitud de personas vino
tras ellos, gritando: ¡Fuera con él!
37 Y cuando Pablo iba a ser llevado al edificio,
le dijo al primer capitán: ¿Puedo decirte algo? Y él
dijo: ¿Conoces el griego?
38 ¿Es usted, por casualidad, el egipcio que, antes
de esto, hizo que la gente se enfrentara al gobierno
y se llevó a cuatro mil hombres de los Asesinos al
desierto?
39 Pero Pablo dijo: Soy judío de Tarso en Cilicia,
que no es una ciudad sin importancia: te pido que
me permitas hablar a la gente.

40 Y cuando lo dejó hacerlo, Pablo, desde las
gradas, hizo una señal con su mano a la gente, y
cuando todos estaban callados, les dijo en hebreo:

22

1 Mis hermanos y padres, escuchen la historia
de mi vida que ahora pongo delante de ustedes.
2 Y oyéndole hablar en hebreo, se volvieron más
callados, y él dijo:
3 Soy un judío de Tarso en Cilicia por
nacimiento, pero tuve mi educación en esta
ciudad a los pies de Gamaliel, siendo entrenado
en el mantenimiento de cada detalle de la ley de
nuestros padres; entregado a la causa de Dios con
todo mi corazón, como hoy lo son todos ustedes..
4 Y perseguía este Camino, incluso hasta la
muerte, encadenaba y los arrestaba y metia a la
cárcel, tomando hombres y mujeres.
5 De lo cual el sumo sacerdote me es testigo, y
todos los ancianos, de quienes tengo cartas para
los hermanos; y fui a Damasco, para llevar a los
que estaban allí como prisioneros a Jerusalén para
que fuesen castigados.
6 Y sucedió que mientras estaba en mi viaje,
acercándome a Damasco, a la mitad del día, de
repente vi una gran luz del cielo que brillaba a mi
alrededor.
7 cuando caí al suelo, una voz vino a mis oídos
diciéndome: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?
8 Y yo, respondiendo, dije: ¿Quién eres tú?
¿Señor? Y él me dijo: Yo soy Jesús de Nazaret, a
quien tú persigues.

9 Y los que estaban conmigo, vieron la luz, pero
la voz del que me hablaba no les llegó a oídos.
10 Y yo dije: ¿Qué tengo que hacer, Señor? Y el
Señor me dijo: Levántate, y vete a Damasco; y allí
se te dirá todo lo que está ordenado que hagas.
11 Y como no pude ver a causa de la gloria de
esa luz, los que estaban conmigo me llevaron de
la mano, y así vine a Damasco.
12 Y un tal Ananías, un hombre temeroso de Dios,
que guardaba la ley, y de quien todos los judíos en
ese lugar tenían una alta opinión,
13 vino a mi lado y dijo: Hermano Saulo, que se
abran tus ojos. Y en esa misma hora pude verlo.
14 Y él dijo: Has sido marcado por el Dios de nue-
stros padres para conocer su propósito, y para que
veas al que es justo y para escuchar las palabras
de Su boca.
15 Porque serás testigo para él a todos los hom-
bres de lo que has visto y oído.
16 Y ahora, ¿por qué estás esperando? levántate
y toma el bautismo para lavar tus pecados invo-
cando su nombre.
17 Y sucedió que cuando regresé a Jerusalén,
mientras oraba en el Templo, tuve una visión,
18 y lo vi que me decía: apurate, Sal de Jerusalén
enseguida porque ellos no recibirán tu testimonio
sobre mí.
19 Y yo dije: Señor, ellos mismos saben que crucé
las sinagogas poniendo en prisión y azotando a
todos los que tenían fe en ti.
20 Y cuando Esteban tu testigo fue muerto, yo
estaba allí, dando mi aprobación, y buscando de-
spués de la ropa de aquellos que lo mataron.

21 Y él me dijo: Ve, porque yo te enviaré lejos a
los gentiles.
22 Y ellos le escucharon en cuanto a esta palabra;
Luego, a grandes voces, dijeron: ¡Fuera con este
hombre de la tierra! no es correcto para él estar
vivo.
23 Y mientras ellos estaban gritando, y
quitándose la ropa, y enviando polvo al aire,
24 el jefe de la guardia dio órdenes para que
fuera llevado al edificio del ejército, diciendo que
lo pondría a prueba azotando, entonces que él
podría tener conocimiento de la razón por la que
estaban clamando tan violentamente contra él.
25 Y cuando le pusieron ataduras de cuero, Pablo
le dijo al capitán que estaba presente: ¿Es la ley
que le den golpes a un hombre que es romano y
no ha sido juzgado?
26 Al oír esto, el hombre fue donde el coman-
dante y le dio cuenta de lo sucedido, diciendo:
¿Qué vas a hacer? porque este hombre es romano.
27 Entonces el comandante se acercó a él y le
dijo: Dame una respuesta, ¿eres romano? Y él dijo:
Sí.
28 Y el capitán principal dijo: obtuve derechos
romanos para mí a un gran precio. Y Pablo dijo:
Pero los tuve por nacimiento.
29 Entonces los que estaban a punto de ponerlo a
prueba se fueron; y el comandante temió, viendo
que era romano, y que le había puesto cadenas.
30 Pero al día siguiente, deseando tener cierto
conocimiento de lo que los judíos tenían que decir
contra él, lo liberó, y dio órdenes para que los

sumos sacerdotes y todo el Sanedrín vinieran, y
tomó a Pablo y lo puso delante de ellos.

23

1 Y Pablo, mirando fijamente al Sanedrín, dijo:
Hermanos míos, mi vida ha sido recta delante de
Dios hasta el día de hoy.
2 Y el sumo sacerdote, Ananías, dio órdenes a los
que estaban cerca de él para darle un golpe en la
boca.
3 Entonces Pablo le dijo: Dios te dará azotes,
pared blanqueada: ¿Estás tú sentado para juz-
garme de acuerdo a la ley, y quebrantando la ley
me mandas golpear?
4 Y los que estaban cerca dijeron: ¿Dices estas
palabras contra el sumo sacerdote de Dios?
5 Y Pablo dijo: Hermano, no tenía idea de que
él era el sumo sacerdote; porque se ha dicho: No
digas mal sobre el príncipe de tu pueblo.
6 Pero viendo Pablo que la mitad de ellos eran
saduceos y los otros fariseos, dijo en el Sanedrín:
Hermanos, yo soy fariseo, y el hijo de los fariseos:
estoy aquí para ser juzgado sobre la cuestión de la
esperanza de la resurrección.
7 Y cuando hubo dicho esto, hubo una discusión
entre los fariseos y los saduceos, y una división en
la reunión.
8 Porque los saduceos dicen que no hay resur-
rección, ni ángeles ni espíritus; pero los fariseos
creen en todo esto.
9 Hubo un gran clamor: y algunos de los escribas
del lado de los fariseos se levantaron y tomaron
parte en la discusión, diciendo: No vemos mal en

este hombre: ¿y si él ha tenido una revelación de
un ángel? o de un ¿espíritu? No resistas a Dios.

10 Y cuando la discusión se tornó muy violenta,
el jefe de los capitanes, temiendo que Pablo fuese
despedazado por ellos, dio órdenes a los hombres
armados para que lo tomaran por la fuerza de
entre ellos, y lo llevaran al edificio del ejército.

11 Y la noche después, el Señor se le apareció
y le dijo: "Ten ánimo, Pablo, porque como has
estado testificando por mí en Jerusalén, así serás
mi testigo en Roma".

12 Y cuando fue de día, los judíos se juntaron y se
pusieron bajo juramento para no comer ni beber
hasta que matasen a Pablo.

13 Y más de cuarenta de ellos tomaron este jura-
mento.

14 Y vinieron a los principales sacerdotes y a los
príncipes, y dijeron: Hemos hecho un gran jura-
mento de no tomar alimento hasta que hayamos
matado a Pablo.

15 Así que ahora, en cooperación con el Sane-
drín, soliciten a las autoridades militares que lo
traigan a ustedes, con el pretexto de investigar el
caso con mayor detalle; y nosotros, antes de que él
llegue a ti, estaremos esperando para matarlo.

16 Pero el hijo de la hermana de Pablo tuvo
noticias de sus planes, y él entró en el edificio del
ejército y le dio noticias de ello a Pablo.

17 Y Pablo mandó llamar a un capitán, y le dijo:
Toma a este joven con tu jefe, porque él tiene
noticias para él.

18 Entonces lo llevó ante el comandante y le dijo:
Pablo, el prisionero, me ha pedido que te lleve a
este joven, porque él tiene algo que decirte.
19 Y el jefe lo tomó de la mano y, yendo de un
lado, le dijo en privado: ¿Qué es lo que tienes que
decirme?
20 Y él dijo: Los judíos están de acuerdo para
pedirle a Pablo que sea llevado, al día siguiente, al
Sanedrín, para ser interrogado con mayor detalle.
21 Pero no los dejes pasar a ellos, porque más
de cuarenta de ellos lo están esperando, habiendo
hecho un juramento de no comer ni beber hasta
que lo hayan dado muerte, y ahora están listos,
esperando tu orden.
22 Entonces el comandante dejó ir al joven, di-
ciéndole: No digas a nadie que tú me has dado
noticia de estas cosas.
23 Y mandó llamar a dos capitanes, y dijo:
Prepara doscientos hombres, con setenta jinetes
y doscientos lanceros, para ir a Cesárea a la hora
tercera de la noche;
24 Y mandó preparar caballos para que Pablo
montara, y llevarlo a salvo a Félix, el gobernante.
25 Y envió una carta con estas palabras:
26 Claudio Lisias, al gobernante más noble, Félix,
la paz sea contigo.
27 Este hombre fue tomado por los judíos, y
estaba a punto de ser ejecutado por ellos, lo libré
yo con el ejército y lo saqué de peligro, sabiendo
que él era romano.
28 Y, deseando averiguar el motivo de su ataque
contra él, lo llevé a su Sanedrín:

29 Entonces me quedó claro que se trataba de
una cuestión de su ley, y que no se dijo nada en
contra de él, que podría ser una motivo de prisión
o muerte.
30 Y cuando me dieron la noticia de que se estaba
haciendo plan secreto contra el hombre, lo envié
directamente a usted, dando órdenes a aquellos
que están contra él para que hagan sus declara-
ciones delante de usted.
31 Entonces los hombres armados, como se les
ordenó, tomaron a Pablo y vinieron de noche a
Antipatris.
32 Pero al día siguiente, enviaron a los jinetes
con él, y volvieron a su lugar.
33 Y cuando llegaron a Cesarea, dieron la carta
al gobernante, y llevaron a Pablo delante de él.
34 Y después de leerlo, dijo: ¿De qué parte del país
vienes? Y al saber que era de Cilicia,
35 voy a escuchar tu causa, dijo, cuando hayan
venido los que están en tu contra. Y dio órdenes
para que lo guardaran en el Pretorio de Herodes.

24

1 Y después de cinco días, el sumo sacerdote,
Ananías, vino con algunos de los gobernantes, y
un orador experto, un Tértulo; y le hicieron una
declaración a Félix contra Pablo.
2 Y cuando lo mandaron a buscar, Tertulo,
comenzando su declaración, dijo: Porque en ti es-
tamos viviendo en paz, y por tu sabiduría muchas
mejoras se han hecho a nuestra nación,
3 en todo esto lo recibimos siempre en todo
todas partes con gratitud, excelentísimo Félix.

4 Pero, para no quitarle mucho tiempo, le
pido su misericordia, para escuchar una breve
declaración.
5 Porque este hombre, en nuestra opinión, es
una causa de problemas, un creador de ataques
al gobierno entre judíos a través de todo el im-
perio, y cabecilla principal en la sociedad de los
nazarenos:
6 Que, además, estaba tratando de hacer el tem-
plo inmundo: a quien tomamos,
7 Pero interviniendo el tribuno Lisias se metió y
con mucha fuerza nos lo quitó de nuestras manos.
8 Usted mismo podrá, cuestionarlo, y obtendrá
la verdad de todas las cosas que decimos contra
él.
9 Y los judíos estaban de acuerdo con su
declaración, diciendo que estas cosas eran así.
10 Entonces, cuando el gobernante le dio una
señal para que respondiera, Pablo dijo: Como sé
que ha sido juez de esta nación durante varios
años, me alegra dar mi respuesta:
11 Como usted mismo puede cerciorarse de que
no han pasado más de doce días desde que fui a
Jerusalén a adorar a Dios;
12 Y no me han visto discutiendo con ningún
hombre o amotinando a la gente en el Templo, en
las sinagogas o en la ciudad:
13 Y no pueden dar hechos en apoyo de las cosas
que dicen en mi contra ahora.
14 Pero esto diré abiertamente, que doy culto
al Dios de nuestros padres después de ese nuevo
Camino, que para ellos no es la verdadera religión;

pero tengo fe en todas las cosas que están en la ley
y en el libros de los profetas:
15 Esperando en Dios por lo que ellos mismos
están buscando, que habrá una resurrección de
los muertos, así como para justos e injustos.
16 Y en esto, hago lo mejor que puedo en todo
momento para no tener una conciencia sin ofen-
sas ante Dios o los hombres.
17 Después de algunos años, vine a ayudar y
ofrendas a mi nación:
18 Y habiendo sido purificado, estuve en el Tem-
plo, pero no con gran número de personas, y no con
ruido; pero había ciertos judíos. de Asia,
19 Y hubiera sido mejor si hubieran venido aquí
para hacer una declaración, si tienen algo en mi
contra.
20 O dejen que estos hombres aquí presentes
digan lo que se vio en mí cuando estuve ante el
Sanedrín,
21 Pero solo esto que dije entre ellos en voz alta,
estoy siendo juzgado este día sobre la cuestión de
la resurrección de los muertos.
22 Pero Félix, que tenía un conocimiento más de-
tallado del nuevo Camino, los desistió, diciendo:
Cuando Lisias, el capitán jefe, baje, le prestaré
atención a sus asuntos.
23 Y ordenó al capitán que mantuviera a Pablo
bajo su control y que le dejara tener todo lo que
necesitaba; y no impedir que sus amigos vengan a
verle y servirle.
24 Pero después de algunos días, Félix vino con
Drusila, su esposa, que era de los judíos por
nacimiento, y envió a buscar a Pablo, y le oyó
acerca de la fe en Cristo Jesús.

25 Y mientras él hablaba sobre una vida de rectitud y el dominio propio y el juicio que estaba por venir, Félix tuvo un gran temor y dijo: Vete por ahora, y cuando llegue el momento adecuado, te enviaré por ti.

26 Porque esperaba que Pablo le diera dinero, así que lo mandó llamar con más frecuencia y conversaba con él.

27 Pero después de dos años, Porcio Festo tomó el lugar de Félix, quien, queriendo tener la aprobación de los judíos, mantuvo a Pablo encadenado.

25

1 Así que Festo, habiendo entrado en la parte del país que estaba bajo su dominio, después de tres días subió a Jerusalén desde Cesarea.

2 Y los principales sacerdotes y los principales hombres de los judíos hicieron declaraciones contra Pablo,

3 Pidiendo a Festo, como favor especial, que ordenara que pablo fuera enviado a Jerusalén, cuando lo estarían esperando para matarlo en el camino.

4 Pero Festo, en respuesta, dijo que Pablo estaba siendo encarcelado en Cesarea, y que en poco tiempo él mismo iría allí.

5 Entonces, él dijo: que aquellos que tienen autoridad entre ustedes vayan conmigo, y si hay algún error en el hombre, que formulen una declaración contra él.

6 Y cuando estuvo con ellos no más de ocho o diez días, descendió a Cesarea; y al día siguiente,

él tomó su lugar en el asiento del juez, y envió a
buscar a Pablo.
7 Y cuando vino, los judíos que habían descen-
dido de Jerusalén se le acercaron e hicieron toda
clase de declaraciones serias contra él, que no
estaban respaldadas por los hechos.
8 Entonces Pablo, en su respuesta a ellos, dijo:
No he hecho nada malo contra la ley de los judíos,
ni contra el templo, ni contra el César.
9 Pero Festo, queriendo obtener la aprobación
de los judíos, dijo a Pablo: ¿Subirás a Jerusalén y
serás juzgado delante de mí en relación con estas
cosas?
10 Y Pablo dijo: Yo estoy delante de la autoridad
del César, donde es justo que yo sea juzgado; no he
hecho mal alguno a los judíos, como bien pueden
ver.
11 Si, pues, soy un malhechor y he cometido
un delito con pena de muerte, estoy listo para
la muerte: si no es como dicen contra mí, nadie
puede entregarme a ellos. Deja que mi causa
venga ante César.
12 Entonces Festo, habiendo discutido con los
judíos, respondió: Tú dijiste: que venga mi causa
delante de César; a César irás.
13 Cuando pasaron algunos días, el rey Agripa y
Berenice llegaron a Cesarea y fueron a ver a Festo.
14 Y como estuvieron allí algunos días, Festo les
contó la historia de Pablo, diciendo: Aquí hay un
hombre que fue encarcelado por Félix:
15 Contra el cual los principales sacerdotes
y los gobernantes de los judíos hicieron una

declaración cuando yo estaba en Jerusalén,
pidiéndome que tome una decisión en su contra.
16 A quienes respondí que no es la manera ro-
mana de dar un hombre, hasta que él ha estado
cara a cara con aquellos que lo están acusando, y
ha tenido la oportunidad de dar una respuesta a
las declaraciones hechas contra él.
17 Entonces, cuando se reunieron aquí, inmedi-
atamente, al día siguiente, tomé mi lugar en el
asiento del juez y lo mandé llamar.
18 Pero cuando se levantaron, no dijeron nada
acerca de los crímenes que tenían en mente:
19 Pero tenían ciertas preguntas en contra de él
en relación con su religión, y acerca de un Jesús,
ahora muerto, que, según dijo Pablo, estaba vivo.
20 Y como no tenía suficiente conocimiento para
la discusión de estas cosas, le hice la sugerencia de
ir a Jerusalén y ser juzgado allí.
21 Pero cuando Pablo hizo una petición para que
fuera juzgado por César, ordené que lo guardaran
hasta que pudiera enviarlo al César.
22 Y Agripa le dijo a Festo: Tengo el deseo de
escuchar yo mismo al hombre. Mañana, dijo,
puedes darle una audiencia.
23 Así que el día después, cuando Agripa y
Berenice en gran gloria habían entrado en el lugar
público de audiencia, con el jefe del ejército y los
principales del pueblo, por orden de Festo, Pablo
fue enviado a buscar.
24 Y dijo Festo, rey Agripa, y todos los que están
aquí presentes con nosotros, ven a este hombre,
sobre el cual todos los judíos me han protestado,

en Jerusalén y en este lugar, diciendo que no es
correcto para él vivir por más tiempo.

25 Pero, en mi opinión, no hay causa de muerte
en él, y como él mismo ha pedido que lo juzgue
César, he dicho que lo enviaría.

26 Pero no tengo nada concreto escrito sobre de
él para enviar a César. Así que le he pedido que
venga ante usted, y especialmente ante usted, rey
Agripa, para que después de interrogarlo, tenga
algo que poner por escrito.

27 Porque me parece contradictorio enviar a un
prisionero sin aclarar lo que hay contra él.

26

1 Y Agripa le dijo a Pablo: Puedes poner tu causa
delante de nosotros. Entonces Pablo, extendiendo
su mano, hizo su respuesta, diciendo:

2 En mi opinión, soy feliz, rey Agripa, de poder
dar hoy mi respuesta a todas estas cosas que los
judíos dicen en mi contra:

3 Cuánto más, porque eres experto en todas las
cuestiones que tienes que ver con los judíos y
sus costumbres: así que te pido que me des una
audiencia hasta el final.

4 Todos los judíos tienen conocimiento de mi
forma de vida desde mis primeros años, como
lo fue desde el principio entre mi nación y en
Jerusalén;

5 También saben, si quieren dar testimonio, que
yo estaba viviendo como fariseo, en esa división
de nuestra religión que es la más estricta.

6 Y ahora estoy aquí para ser juzgado por la
esperanza dada por la palabra de Dios a nuestros
padres;
7 Promesa que nuestras doce tribus han estado
esperando poder alcanzar el cumplimiento ado-
rando a Dios noche y día con todo su corazón. Y
en conexión con esta esperanza, ¡soy atacado por
los judíos, oh rey!
8 ¿Por qué, en tu opinión, no creen que Dios
resucita a los muertos?
9 Porque yo, verdaderamente, era de la opinión
de que era correcto para mí hacer una serie de
cosas en contra del nombre de Jesús de Nazaret.
10 Y esto que hice en Jerusalén; y encarcele a
muchos de los santos, y me dieron autoridad de
parte de los principales sacerdotes; y cuando los
mataron, di mi voto en contra de ellos.
11 Y los castigue frecuentemente en todas las
sinagogas, forzandolos a negar su fe; y ardiendo
de pasión contra ellos, los seguí hasta ciudades
lejanas.
12 Entonces, cuando viajaba a Damasco con la
autoridad y las órdenes de los principales sacer-
dotes,
13 A la mitad del día, en el camino vi una luz del
cielo, más brillante que el sol, que brillaba a mi
alrededor y los que viajaban conmigo.
14 Y cuando caímos al suelo, una voz vino a mí,
diciendo en hebreo: Saulo, Saulo, ¿por qué me
persigues? Te estas haciendo daño a ti mismo dura
cosa te es dar coces contra el aguijón.
15 Y yo dije: ¿Quién eres tú, Señor? Y el Señor dijo:
Yo soy Jesús, a quien estás persiguiendo.

16 Pero levántate, porque he venido a ti para este
fin, para hacerte siervo y testigo de las cosas en
que has visto, y de aquellos en que me apareceré
a ti;
17 Y te protegeré de tu pueblo y de los gentiles a
quienes te envío,
18 Para que abran sus ojos, los conviertas de
la oscuridad a la luz, y del poder de Satanás a
Dios, para que ellos puede tener el perdón de los
pecados y una herencia entre los que se hacen
santos por la fe en mí.
19 Así que, entonces, rey Agripa, no fui contra la
visión del cielo;
20 Pero fui, primero a aquellos en Damasco y
Jerusalén, y por todo el país de Judea, y luego
a los gentiles, predicando que se arrepintiesen
de corazón, para que ellos, convertidos a Dios,
pudieran dar, en sus obras, los frutos de un
corazón arrepentido.
21 Por esta razón, los judíos me llevaron al Tem-
plo e intentaron matarme.
22 Y así, con la ayuda de Dios, estoy aquí hoy,
dando testimonio de lo pequeño y lo grande, sin
decir nada más que lo que los profetas y Moisés
dijeron que sucedería;
23 Que el Cristo pasaría por dolor, y ser el
primero en resucitar, anunciaría la luz de sal-
vación tanto a nuestro pueblo como a los gentiles.
24 Y cuando pronunció su respuesta en estas
palabras, Festo dijo en voz alta, Pablo, estás fuera
de tu cabeza; tu gran aprendizaje te vuelve loco.

25 Entonces Pablo dijo: No estoy fuera de mi
cabeza, Festo, el más noble, pero mis palabras son
verdaderas y sabias.
26 Porque el rey tiene conocimiento de estas
cosas, a quien hablo libremente; porque no pienso
que ignora nada de esto; porque no se ha hecho en
secreto.
27 Rey Agripa, ¿tienes fe en los profetas? Estoy
seguro de que tienes.
28 Y Agripa le dijo a Pablo: Un poco más y tú me
harás cristiano.
29 Y Pablo dijo: Es mi oración a Dios que, en
pequeña o en gran medida, no solo tú, sino que
todos los que me escuchan hoy sean como yo soy,
pero menos estas cadenas.
30 Y el rey y el gobernante, y Berenice y los que
estaban sentados con ellos se levantaron;
31 Cuando se fueron, se dijeron unos a otros:
Este hombre no ha hecho nada digno de muerte
o prisión.
32 Y Agripa dijo a Festo: Este hombre podría
haber sido liberado, si no hubiera puesto su causa
ante el César.

27

1 Y cuando se tomó la decisión de ir por mar
a Italia, dieron a Paulo y otros presos al cuidado
de un centurión llamado Julio, de la compañía de
Augusta.
2 Y nos fuimos al mar en un barco de
Adramitena que navegaba hacia los puertos de
Asia, Aristarco, un macedonio de Tesalónica, que
estaba con nosotros.

3 Y el día después, llegamos a Sidón; y Julio fue
amable con Pablo y lo dejó ir a ver a sus amigos y
descansar.
4 Y navegando de nuevo desde allí, continuamos
protegidos del viento por la isla de Chipre, porque
el viento estaba contra nosotros.
5 Y atravesando el mar frente a Cilicia y Panfilia,
llegamos a Mira, en Licia.
6 Y allí el centurión se cruzó con un barco de
Alejandría, navegando hacia Italia, y nos metió en
él.
7 Y cuando habíamos progresado lentamente
durante un largo tiempo y habíamos tenido que
esforzarnos para llegar hasta Gnido, porque el
viento soplaba contra nosotros, dando la vuelta a
la isla de Creta, en dirección a Salmone;
8 Y navegando por el costado de ella, lo mejor
que pudimos, llegamos a un lugar llamado Buenos
Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de Lasea.
9 Y como había pasado mucho tiempo, y el viaje
estaba ahora lleno de peligro, porque era tarde en
el año, por haber pasado ya el ayuno, Pablo les
aconsejaba,
10 Diciendo: Amigos, veo que este viaje será de
gran daño y pérdida, no solo para los bienes y el
barco, sino para nuestras vidas.
11 Pero el centurión prestó más atención al amo
y al dueño de la nave que a lo que Pablo dijo.
12 Y como el puerto no era bueno para pasar el
invierno, la mayoría de ellos acordó para salir al
mar, para poder, si era posible, pasar el invierno
en Fenice, un puerto de Creta, mirando hacia el
noreste y el sureste y pasar ahí el invierno.

13 Y cuando el viento del sur bajó suavemente,
creyendo que su propósito podría ser efectuado,
dejaron ir el barco y navegaron por el lado de
Creta, muy cerca de la tierra.
14 Pero después de un poco de tiempo, un viento
tempestuoso azotó el barco con gran fuerza, lla-
mado viento del noroeste.
15 Y arrastró la nave, y no podíamos mantener el
barco de cara al viento, nos dimos por vencidos y
nos dejamos llevar por el viento.
16 Y navegando cerca del lado de una pequeña
isla llamada Clauda, pudimos, aunque fue un tra-
bajo duro, pudimos recoger el bote salvavidas:
17 Y al levantarla, pusieron cuerdas alrede-
dor para reforzar el bote; pero temiendo que
pudieran ser empujados y encallar en los bancos
de arena el Sirti, bajaron el ancla flotante y se
dejaron llevar por el viento.
18 Y, aún luchando contra la tormenta con to-
das nuestras fuerzas, el día después de que em-
pezaron a sacar los productos del barco;
19 Y al tercer día, con nuestras propias manos
arrojamos todos los aparatos de navegación.
20 Y como no habíamos visto el sol o las estrellas
por mucho tiempo, y una gran tormenta estaba
sobre nosotros, toda esperanza de salvación había
desaparecido.
21 Y cuando habían estado sin comida por mucho
tiempo, Pablo se levantó entre ellos y dijo: Ami-
gos, hubiera sido mejor que me hubiesen prestado
atención y que no salieran de Creta para sufrir este
daño y pérdida.

22 Pero ahora, les exhorto que se animen,
porque no habrá pérdida de vidas, sino solo de la
nave.
23 Porque esta noche vino a mi lado un ángel del
Dios a quien pertenezco y del que soy siervo,
24 Diciendo: No temas, Pablo, porque vendrás
delante del César, y Dios te habrá dado a todos los
que navegan contigo.
25 Y entonces, oh hombres, tengan ánimo,
porque tengo fe en Dios, que será como él me
dijo.
26 Pero seremos arrojados a cierta isla.
27 Pero cuando llegó el día catorce, mientras
íbamos aquí y allá en el mar Adriático, hacia la
mitad de la noche, los marineros tenían una idea
de que se acercaban a la tierra;
28 Y echando la sonda, y vieron que el mar tenía
treinta y seis metros de profundidad; y después
de un poco de tiempo lo hicieron de nuevo y tenía
veintisiete metros.
29 Entonces, temiendo que por casualidad
pudiéramos llegar a las rocas, bajaron cuatro
anclas de la parte trasera del barco e hicieron
oraciones para que amaneciera.
30 Luego los marineros hicieron intentos en se-
creto para alejarse del barco, bajando un bote
como si estuvieran a punto de poner las anclas de
la parte delantera del barco;
31 Pero Pablo dijo al centurión y a sus hombres:
Si no guardas a estos hombres en el barco, ustedes
no podrán salvarse.
32 Entonces los hombres armados, cortando las
cuerdas del bote, la dejaron ir.

33 Y cuando amanecía, Pablo animaba a todos
para que comieran, y dijo: Este es el día catorce
que has estado esperando a ver que pasa, y en
ayuno.
34 Así que te pido que tomes comida; porque esto
es para tu salvación: ningún cabello de la cabeza
de ninguno de ustedes perecerá.
35 Y habiendo dicho esto, tomó pan, y alabó a
Dios delante de todos, y comió del pan partido.
36 Entonces todos se animaron e hicieron lo
mismo.
37 Y nosotros estábamos, en la nave, doscientas
setenta y seis personas.
38 Y cuando tuvieron suficiente comida, redu-
jeron el peso de la nave, echando el grano en el
mar.
39 Y cuando fue de día, no reconocían la tierra,
pero vieron una bahía que tenía playa de arena, y
tenían la idea de conducir la nave hacia ella si era
posible.
40 Entonces, cortando las anclas, y las aban-
donaron en el mar, y aflojaron los remos que
servían para guiar él barco, y levantando la vela
hacia el viento, se dirigieron en dirección a la
entrada.
41 Y llegando a un punto entre dos mares, a
un banco de arena, el barco encalló; y la parte
delantera se fijó en la arena y no se podía mover,
pero la parte trasera se rompió por la fuerza de las
olas.
42 Entonces los hombres armados acordaron
matar a los prisioneros, para que nadie saliera
nadando.

43 Pero el capitán, deseoso de mantener a Pablo
a salvo, los mantuvo alejados de su propósito, y
dio órdenes para que aquellos que sabían nadar se
fueran del barco y llegar primero a tierra:
44 Y el resto, algunos en tablas y otros en cosas
del barco. Y así sucedió que todos se salvaron.

28

1 Y cuando estuvimos a salvo, descubrimos que
la isla se llamaba Malta.
2 Y las personas sencillas que vivían allí eran ex-
traordinariamente amables con nosotros, porque
nos prendieron fuego y nos acogieron, porque
estaba lloviendo y hacía frío.
3 Pero cuando Pablo tomó unos palos y los puso
en el fuego, salió una serpiente, por el calor, y le
dio un mordisco en la mano.
4 Cuando el pueblo lo vio colgando de su mano,
se decían unos a otros: Sin duda, este hombre ha
matado a alguien, y aunque se ha alejado a salvo
del mar, Dios no lo dejará seguir viviendo.
5 Pero sacudiendo a la víbora en el fuego, no
recibió ningún daño.
6 Pero tenían la idea de que lo verían enfermarse
o, de repente, cayendo muertos; pero después
de esperar un largo tiempo, y viendo que no
sufrieron daños, cambiando su opinión, dijeron
que era un dios.
7 Y cerca de aquel lugar había una tierra,
propiedad del principal de la isla, que se llamaba
Publio; quien muy amablemente nos llevó a su
casa como sus invitados por tres días.

8 Y el padre de Publio estaba enfermo, con una
enfermedad del estómago; a quien Pablo fue, y
puso sus manos sobre él, con oración, y lo sanó.
9 Y cuando esto sucedió, todos los demás en la
isla que tenían enfermedades vinieron y se sa-
naron.
10 Entonces nos honraron con muchas aten-
ciones, y cuando nos fuimos, pusieron en el barco
todo lo que necesitábamos.
11 Y después de tres meses fuimos a navegar en
un barco de Alejandría que llevaba la insignia de
los dioses Castor y Polux, que había estado en la
isla durante el invierno.
12 Y al entrar en el puerto de Siracusa, esper-
amos allí durante tres días.
13 Y desde allí, dando vueltas en una curva,
llegamos a Regio; y después de un día, surgió un
viento del sur y el día después de llegar a Puteoli:
14 Donde nos encontramos con algunos de los
hermanos, que nos mantuvieron con ellos por
siete días; y así llegamos a Roma.
15 Y los hermanos, ya tenían noticias de
nosotros, salieron a nuestro encuentro al Foro de
Apio y las Tres Tabernas para tener un encuentro
con nosotros: y Pablo, al verlos, alabó a Dios y se
animó.
16 Y cuando entramos en Roma, el centurión
entregó a los presos a prefecto militar, y dejaron
que Pablo tuviera una casa para él y el hombre
armado que lo vigilaba.
17 Después de tres días envió a buscar a los jefes
de los judíos; y cuando se juntaron, les dijo: Her-
manos míos, aunque no había hecho nada contra
la gente o los caminos de nuestros padres, he sido

entregado preso desde Jerusalén, en manos de los romanos:

18 Quienes, cuando me hicieron preguntas, estaban listos para dejarme ir, porque no había una causa para condenarme a muerte.

19 Pero cuando los judíos protestaron contra ella, tuve que poner mi causa en manos de César; no porque tenga algo que decir en contra de mi nación.

20 Pero por esta razón los he llamado, para ver y hablar con ustedes: porque a causa de la esperanza de Israel estoy en estas cadenas.

21 Y ellos le dijeron: No hemos recibido cartas de Judea sobre ti, y ninguno de los hermanos ha venido a nosotros aquí para dar cuenta o decir algo malo acerca de ti.

22 Pero tenemos el deseo de escuchar tu opinión: en cuanto a la nueva secta, tenemos conocimiento de que en todos los lugares es atacada.

23 Y cuando un día había sido arreglado, llegaron a su casa en gran número; y les dio enseñanza, dando testimonio del reino de Dios, y teniendo discusiones con ellos acerca de Jesús, de la ley de Moisés y de los profetas, desde la mañana hasta la tarde.

24 Y algunos estaban de acuerdo con lo que dijo, pero algunos tenían dudas.

25 Y se fueron, porque había división entre ellos, después que Pablo dijo una cosa: Bien, el Espíritu Santo dijo por el profeta Isaías a vuestros padres:

26 Ve a este pueblo y digan: Aunque oigan, no oirán ni entenderan; y viendo, no percibirán,

27 Porque el corazón de este pueblo se ha en-
grosado, y sus oídos oyen despacio, y sus ojos
están cerrados; por temor a que vean con sus
ojos y escuchen con sus oídos y entiendan en sus
corazones y se vuelvan a mí, para que yo los sane.
28 Sepan ustedes, entonces, de que la salvación
de Dios se envía a los gentiles, y ellos oirán.
29 Y cuando hubo dicho esto, los judios se fueron
teniendo gran discusión entre si.
30 Y por el espacio de dos años, Pablo estaba
viviendo en la casa de la que tenía uso, donde él
recibía a todos los que iban a verlo,
31 Predicando el reino de Dios y enseñando ac-
erca del Señor Jesús Cristo sin miedo, y no se
dieron órdenes de que no lo hiciera.

La Biblia en Español Sencillo
The Holy Bible in Simple Spanish

copyright © 2018, 2019 AudioBiblia.org /Irma Flores

℗ AudioBiblia.org

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin America/Mexico

Translation by: AudioBiblia.org

La Biblia en Español Sencillo.

© 2018 AudioBiblia.org / Irma Flores

traducido y editado por Irma Flores

Esta obra esta publicada bajo la Licencia Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional

Para ver una copia de esta licencia, visite http:// creativecommons.org/ licenses/by/4.0

Se puede copiar y redistribuir La Biblia en Español Sencillo con reconocimiento a AudioBiblia.org/Irma Flores

email: info@audiobiblia.org

This translation is made available to you under the terms of the Creative Commons Attribution license 4.0.
You may share and redistribute this Bible translation or extracts from it in any format, provided that:

You include the above copyright and source information.

If you make any changes to the text, you must indicate that you did so in a way that makes it clear that the original licensor is not necessarily endorsing your changes.

Pictures included with Scriptures and other documents on this site are licensed just for use with those Scriptures and documents. For other uses, please contact the respective copyright owners.
Note that in addition to the rules above, revising and adapting God's Word involves a great responsibility to be true to God's Word. See Revelation 22:18-19.

2025-06-13

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 14 Jun 2025 from source files dated 13 Jun 2025

45169fd9-2075-59c7-9c7c-6c4d221175a8